

8. *El cilindro rosa*

Viernes 4 de Noviembre de 2011, 23:11

Alberto observó las caras de los presentes. Ya estaba acostumbrado a las típicas expresiones de incredulidad. No solo en torno al asunto del Árbol de cristal, sino también en todas y cada una de las investigaciones históricas que realizaba. Por esa razón, se sorprendió al ver en los rostros de Juan y su esposa una mezcla de preocupación y entusiasmo en lugar de la típica mueca incrédula. Parecía que por fin se había encontrado con gente razonable. No podía decir lo mismo de Eduardo, que se revolvía inquieto en su silla. Parecía ansioso por largarse de allí.

Eduardo percibió su mirada.

—A ver —dijo—. Mostrame de nuevo la pintura esa que pintó el tal Prilidiano Pueyrredón.

El hecho de que quisiera volver a ver el cuadro era una buena señal, tenía dudas, quizás aún no fuera un caso perdido. Alberto volvió a sacar el cuadro del estuche y lo colocó sobre la mesa. Eduardo se inclinó sobre la pintura y observó de cerca a la mujer de los ojos verde esmeralda.

—Baja estatura, pelo corto, piel blanca, rasgos estilizados y ojos exagerados —enumeró—. La descripción coincide. Bueno, parece que Pueyrredón pintó a la extraterrestre. Pero vamos, Alberto, usted parece un tipo serio. Pongámonos de acuerdo: todo este cuento de Juan Pereyra es eso: puro cuento.

Alberto se esperaba una argumentación de ese tipo.

—Esa es la explicación más simple —dijo—. La que yo estuve tentado de creerme durante todos estos años, pero son demasiados los elementos que convergen. Para empezar, vos mismo descubriste las instalaciones que hay debajo del bosque. No te olvides que yo vi bajar allí una nave en 1982. ¿O creés que lo mío es cuento también?

—Y... podría ser —dijo Eduardo—. Pruebas no tenés ninguna. ¿Por qué tengo que creerte? Ese diario de Pereyra lo pudiste haber escrito vos mismo.

—Mirá, el papel dónde está escrito el diario —intervino Juan—, es antiguo. Y no te olvides de mis sueños. Yo no creo en la telepatía ni en nada por el estilo, pero fueron algo más que sueños. Me acuerdo de ellos como si de verdad los hubiera vivido. Sé lo que te digo. Además, yo soñé con lo que cuenta Pereyra en el diario, lo de los ojos que iluminan.

Eduardo se relajó y miró a Juan.

—Lo del papel viejo se puede simular. Vos lo sabés. Y a este señor —miró a Alberto—, no sé si creerle. A vos, si soñaste con lo de los ojos que iluminan, te creo, pero dejame que te diga una cosa: ¿no esperarás que crea que mediante esos sueños los extraterrestres se querían comunicar con vos?

—¿Por qué no? —preguntó Sara.

—¡Vamos! —dijo Eduardo—. ¡Por favor!

—Que les parece si en primer lugar analizamos los elementos concretos que tenemos —dijo Juan—, y después decidimos qué creemos y qué no.

—Sería lo más razonable —dijo Alberto.

—Quería comentar un par de cosas sobre el diario para hacer una comparación con lo que encontramos hoy en día —continuó Juan—. En primer lugar creo que todos coincidiremos en que la vivienda que construyeron los extraterrestres sería el complejo que está debajo del Árbol de cristal. Más allá de que con posterioridad a su presencia haya recibido reformas.

—Así es —dijo Alberto.

—En segundo lugar, la tosquera sería el sitio en donde estuvo enterrada la nave. Pero aquí tenemos un problema. Según lo que dice uno de los extraterrestres, el terreno debería haberse hundido un poco al degradarse la nave y la tosquera tiene entre seis y diez metros de profundidad. Me parece demasiado.

—No te olvides que Pereyra describe que la nave tenía al menos tres plantas de altura —dijo Alberto—. De todas formas, sobre este punto yo creo que en algún momento alguien excavó allí. Les recuerdo que esa zona estuvo casi cuarenta años bajo control de la armada. No sería descabellado pensar que, en realidad, la nave no se hubiera degradado tanto como pensaban los extraterrestres y que en una posterior excavación hayan conseguido encontrar algo allí.

—Suponiendo que el diario de Pereyra sea cierto —intervino Eduardo—, lo que es mucho decir, yo apoyo lo que decís acerca de la tosquera. Porque está claro que varios túneles se interrumpen allí. En ese lugar hubo algo, no sé si una nave, pero no fue una simple explotación de tosca como quisieron hacer ver después. ¿Me permitirías ver el diario un momento? —Estiró el brazo hacia Alberto.

Alberto le entregó el diario a Eduardo. Este lo dio vuelta y empezó a verlo por la última página.

—Tengo una pregunta —dijo Eduardo—. Aquí dice Pereyra que tenía un cuaderno en dónde anotó las cosas que le iban diciendo los extraterrestres, incluso habla de un plano de la nave y de una muy interesante descripción del sistema de propulsión. ¿Qué sabemos de ese cuaderno?

—Lamentablemente, nada —dijo Alberto—. Es de suponer que Pereyra debería haber guardado ese cuaderno junto con el diario y la pintura, pero no fue así. No había nada más en el cofre que halló Rodolfo.

—La respuesta a eso es fácil —dijo Laura. Los demás la miraron sorprendidos por su repentina intervención—. Si todo esto fuera real, y en mi caso tengo la intuición de que lo es, ¿ustedes creen que hubiera sido prudente dejar guardados un

plano de una nave extraterrestre y, más aún, una descripción de su sistema de propulsión? De ningún modo. Esos documentos deben haber sido destruidos. Si Pereyra tuvo la iniciativa de desactivar la máquina, también debe haber destruido el plano y la descripción.

Alberto sonrió.

—¡Cómo me falta a mí a veces el estudio de la psicología! —se lamentó sin dejar de sonreír—. En todos estos años, jamás se me había ocurrido pensar así. Yo creía que alguien podía haber tomado el cuaderno antes de que Rodolfo hallara el cofre. Pero no, tenés razón. El propio Pereyra debe haber juzgado que era peligroso dejar esos datos técnicos disponibles.

—Tengo mis dudas acerca de esa postura —dijo Eduardo—. Pero paso a uno de los temas más controvertidos del diario. ¿No era más peligroso aún, dejar esa máquina funcionando que, según dice acá, produce una especie de elixir de la larga vida?

—No —dijo Alberto—. Sin duda es mucho más peligroso dejar un boceto de un sistema de propulsión que podría ser la clave para los viajes interestelares.

Eduardo señaló con el dedo un párrafo en el diario.

—De todas formas, acá hay algo que se les escapó. Dice María que se está acelerando el motor de partículas que neutraliza la masa de la nave. ¡Guau!

Laura se levantó, fue hasta la silla de Eduardo y releyó el párrafo que él marcaba con el dedo.

—Está claro que a nadie de la época de Pereyra se le podría haber ocurrido semejante cosa —dijo—. Es la prueba de que esto es verídico.

—No sé —dijo Eduardo—. Fue en la época de los grandes inventos, y este tipo estaba al tanto de todo. Así lo dice: la invención del teléfono, la iluminación eléctrica. Es probable que haya escuchado decir a algún científico loco lo del motor de partículas y lo repitió.

Alberto se puso de pie.

—Amigos: todas las especulaciones que estamos haciendo son interesantes y posibles, pero necesitamos avanzar en algo en concreto. Tenemos que saber qué quedó ahí abajo de lo que relata Pereyra, por qué ahora hay unos rufianes custodiando el lugar y qué están haciendo. Para eso tenemos la información que obtuvieron Sara y Juan cuando entraron en los ductos. Por un lado, ella vio unas máquinas lo suficientemente extrañas como para pensar que podrían ser las que describe Pereyra. Por otra parte, les recuerdo la conversación que oyó Juan dónde distinguió las palabras «long life elixir». Esto nos dice que, aunque lo de la resina que prolonga la vida fuera un delirio, la gente que está allí también está el tanto de esta información. Por esto, me temo que si la máquina que dejaron los extraterrestres existe, quizás la estén manipulando y, muy probablemente, estropeando.

—¿Pensás que los que están en el complejo también tienen el diario de Pereyra? —preguntó Juan.

—No lo sé. Lo que sí es seguro, es que de alguna forma obtuvieron la información.

—Entonces quizás tengan el cuaderno que falta —dijo Eduardo.

—Espero que no, prefiero creer en la intuición de Laura y que haya sido destruido. Por otro lado, tengo algo más que enseñarles.

Eduardo volvió a verse alterado.

—¡Otra cosa más! —gritó—. ¿Por qué no nos mostrás todo de una vez, viejo, y te dejás de tanto misterio? ¿Con qué nos vas a salir ahora? ¿No tendrás un pedazo de la nave?

—No, pero casi... ¿Sara?

Sara abrió su bolso y sacó una cajita de madera. De ella extrajo un objeto cilíndrico de color rosa brillante. Lo hizo girar entre sus manos para que todos lo vieran. Luego se lo pasó a Laura, que estaba entre ella y Eduardo.

—¡Es pesado! —dijo Laura—. Al tocarlo parece de metal.

—Es de metal —dijo Sara—. Titanio

—El titanio no es rosa —dijo Eduardo.

—Este sí —insistió Sara.

Eduardo soltó una carcajada.

—Sí, claro. Será porque vos lo decís.

Laura siguió explorando el cilindro, dándole la vuelta hasta encontrarse con los dibujos y las inscripciones. Se estiró sobre la mesa y le pasó el cilindro a Juan.

—Estos números parecen una indicación de latitud y longitud —dijo Juan—. Es más, Buenos Aires está a treinta y cinco grados de latitud, y cincuenta y ocho de longitud. Acá dice treinta y cuatro y pico, y cincuenta y ocho y pico. Es un punto geográfico muy cerca de acá.

—Así es —dijo Sara—. ¿Y adivina exactamente dónde?

Juan levantó la vista del cilindro y miró a Sara.

—No hace falta adivinar —dijo—, está dibujado acá mismo. Es dónde está el Árbol de cristal.

—Ni más, ni menos —dijo Sara.

—Y esto, ¿de dónde salió? —preguntó Juan.

—Lo encontré en la cima de una montaña cerca de mi casa. La montaña se llama «La Maroma». Es el pico más alto de una cadena montañosa que bordea una comarca llamada «la Axarquía», que está entre las provincias de Málaga y Granada, en España. La cuestión es que se la llevé a un amigo que es profesor de historia y me dijo lo mismo que tú, que podían ser datos de latitud y longitud. Y bueno... siguiendo esos datos es que llegué al Árbol de cristal y allí lo encontré a Alberto. ¿No os habíais preguntado hasta ahora cómo nos habíamos conocido nosotros?

Eduardo expuso su mejor sonrisa sarcástica.

—La verdad pensé que se habían conocido en un boliche —dijo.

—¿Y qué significan estas letras? —preguntó Juan.

—Mi amigo en España no pudo reconocerlas.

Eduardo extendió su mano hacia el cilindro.

—¿Me permitís? —preguntó.

Juan le entregó el objeto. Después de observarlo un momento, Eduardo sonrió.

—¿Y estos dibujos que están junto al árbol? —preguntó—. ¿Qué quieren decir?

—De eso no tenemos ni idea —le contestó Alberto.

—¿Ah, no? —preguntó Eduardo—. ¿Será posible que nadie haya visto mi mapa?

—Yo lo vi —dijo Juan.

—Y yo también —dijo Laura—. Pero, ¿qué tiene que ver con el cilindro?

—Todo. Son muy poco observadores.

Eduardo entró a la oficina de Juan y encendió la computadora. Los demás se levantaron de sus sillas y lo siguieron. Después de la odiosa espera hasta que el sistema operativo terminó de arrancar, Eduardo abrió el mapa que había trazado del parque Pereyra Iraola.

Sara se acercó al escritorio y tocó la pantalla.

—Es el dibujo del cilindro —dijo.

Alberto no lograba entender por qué el mapa de Eduardo se parecía tanto a los dibujos en el cilindro y su propio mapa, no. ¿Sería Eduardo mucho mejor cartógrafo? Al mirar con más detalle, entendió la diferencia. No era un problema de calidad. La diferencia radicaba en que Eduardo no había dibujado la autopista, las rutas, ni las vías férreas, elementos que confundían la vista en el mapa que él mismo había trazado. Los círculos concéntricos correspondían a los caminos de la estancia Santa Rosa, dónde estaba el edificio en el que Rodolfo había hallado los documentos, y las líneas rectas correspondían a los caminos de la antigua estancia San Juan, donde estaba el Árbol de cristal.

Eduardo aún seguía con el cilindro en la mano.

—De todas formas —dijo—. No se entiende cómo llegó esto a la cima de esa montaña.

—Esa es una pregunta que tenemos que intentar resolver —dijo Alberto—. Las escrituras son la información que nos está faltando. ¿Miraste bien el extremo del cilindro, el que está achatado?

Eduardo volvió a examinar el cilindro. Uno de los extremos se iba perfilando hasta terminar en una punta con una forma similar a un destornillador grande. En ambos bordes había varias muescas profundas.

—¡Esto es una llave! —gritó.

—Laura tomó el cilindro de las manos de Eduardo.

—Esta es la pieza que Pereyra le sacó a la máquina para que no funcionara —dijo.

—Ustedes son todos unos fantasiosos —dijo Eduardo.

—¿Qué perdemos con ir y probar? —preguntó Sara.

—Que nos van a cagar a tiros —dijo Eduardo—. O no tuviste suficiente con lo del otro día.

Juan le tocó el hombro a Alberto.

—Me imagino que después de tanto tiempo dedicado a esto debés tener algún plan.

—Tenemos una idea —dijo Alberto—. Pero me parece prudente esperar un tiempo antes de ejecutarla. Eduardo, ¿volviste a ir a tu casa?

—Solo a buscar el otro auto y Juan se quedó vigilando en la puerta por si aparecía alguien.

—Creo que si no hicieron nada hasta ahora, lo más probable es que hayan considerado que no representás ningún peligro. Pero igual, no te descuides. Bueno, por ahora es todo lo que tengo para decirles. Cuando tengamos más información o cuando tengamos un plan definido, les avisaremos.

Alberto guardó el cuadro y el manuscrito de Juan Pereyra en el portafolio. Sara devolvió el cilindro a su caja.

Juan y Laura los acompañaron hasta la puerta y se despidieron.

Alberto arrancó el motor y emprendió la marcha, pero volvió a frenar en la siguiente esquina. La miró a Sara.

—¿Tenés sueño? —le preguntó.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Quería llevarte a un lugar.

—¿A esta hora? ¿Qué lugar será ese?

—Ya lo verás, creo que te va a gustar.

—Vale. Acepto entonces.

Alberto tomó la autopista y mientras viajaban intentó pensar. Tenía un pequeño problema respecto de Sara. No sabía cómo tratarla. Mejor dicho: si sabía cómo hacerlo, pero a cada momento se veía tentado de tratarla de otra manera. Creía ver algo en la mirada de Sara. El problema era que no estaba seguro de eso. No era un experto en el tema, pero sabía que existía la posibilidad de que solo fuera su propio deseo reflejado en la mirada ajena. Esta vez, tenía que tomar un riesgo imposible de calcular.

Al llegar al centro de Buenos Aires, giró a la izquierda, adentrándose en un barrio que mezclaba antiguos edificios reciclados con otros más modernos.

—Hace algunas décadas atrás, toda esta zona formaba parte del puerto —dijo.

—Sonia me comentó de este lugar. Teníamos planeado venir a visitarlo pero, al final, se nos amontonaron los planes.

Cruzaron un puente que atravesaba un antiguo dique y entraron en una zona de altas torres. Alberto estacionó el auto y se bajó abrirle la puerta a Sara. Luego la guió hasta el portal de un edificio y tocó uno de los timbres. Cuando respondieron por el portero eléctrico dijo su nombre y la puerta se abrió. En ese momento vio que otra pareja se acercaba desde la calle, y mantuvo la puerta abierta para que también ellos pudieran entrar. Una vez en el ascensor tocó el botón del piso cincuenta y cinco. La otra pareja los acompañó en el ascensor sin tocar ningún otro botón, por

lo que quedaba claro que se dirigían al mismo lugar que ellos. Sara lo miraba con un gesto que oscilaba entre la curiosidad y la preocupación.

—Tranquila —le dijo—. No es nada raro.

Al llegar a lo alto, Alberto dejó que la otra pareja saliera en primer lugar del ascensor. La siguiente en salir fue Sara. Lo primero que se veía al salir del ascensor era un cartel luminoso con los colores del arco iris que decía: «No hay sueños imposibles». Sara se dio vuelta y le tocó la mano a Alberto.

—No sé a dónde me has traído pero me parece que este lugar va con mi estilo —dijo.

—Así lo supuse.

Salieron a un bar rodeado de grandes ventanales que se encontraba en el último piso del edificio. Desde allí se podía contemplar gran parte de la ciudad.

—Podemos probar afuera —dijo Alberto—. Hay poco viento hoy.

Al salir a la terraza a Alberto lo invadió una sensación de embriaguez sin haber bebido nada aún. Esa sensación se fue transformando en el típico *dejà vu*, de haber vivido ese momento en el pasado. Eligió una mesa que miraba hacia el río y le pidió las bebidas al mozo. Sara estaba hablándole, pero no era muy consciente de lo que le decía. La oía como si estuviera muy lejos a pesar de estar a solo un metro de distancia. ¿Le estaría bajando la presión? ¿Iba a desfallecer en este momento como cuando Juan Pereyra vio la nave?

—Disculpame —dijo—. No te escucho.

Sara pareció comprenderlo. Se levantó de la silla y le extendió la mano invitándolo a que él también se levantara. Se puso en puntas de pie y lo abrazó.

—No me importa que no me escuches —le dijo al oído—, solo quiero que me beses

Alberto la rodeó con sus brazos y notó lo fina que era su cintura. Luego separó un poco el rostro para mirarla a los ojos. Se acercó a ella muy lento hasta sentir sus labios. Por un instante, le pareció que se encontraba de nuevo frente al Árbol de

cristal en una noche de cuarto creciente, pero logró quitarse esa imagen de la cabeza. Entonces, solo se concentró en ese beso, que le hizo perder la noción del tiempo y recordar, después de tanto buscar, que todos los sueños pueden ser posibles.

Sábado 5 de Noviembre, 00:17

Mientras terminaba de ordenar la cocina, Laura sintió que le faltaba el oxígeno. Salió al patio y caminó por el jardín, dejando que la brisa nocturna le inundara los pulmones. Buscó en el galpón una de las sillas reclinables, la llevó hasta el centro de la zona de césped y la desplegó reclinándola al máximo. Al recostarse, contempló las estrellas en el firmamento. No se veían muchas, el resplandor anaranjado del alumbrado público anulaba casi todo su brillo. Todavía podía oír en su mente las voces de la conversación de hacía un rato, sobre todo la voz de Alberto, que era una de esas personas carismáticas a las que todo el mundo escuchaba con atención cada vez que hablaban. Siempre le habían fascinado ese tipo de personas, porque poseían facultades opuestas a las propias. Lo suyo, sin duda, era la introspección. Cerró los ojos y se imaginó el Árbol de cristal con los personajes de la historia de Juan Pereyra bajo su sombra: Juan, su esposa Laura, sus hijos, los extraterrestres... Ella y Juan eran los únicos de los presentes en la reunión que no había estado frente al árbol de cristal. Pensó que lindo sería ir a ver el árbol. Todos habían hablado de coincidencias pero ella había notado una que los demás no habían mencionado y que prefirió guardarse para sí misma. Juan y Laura, Laura y Juan. Así se llamaban los Pereyra y así se llamaban ellos. Quizás por eso sentía muy cercana la historia de los Pereyra. Se había emocionado al oír algunos pasajes y le había dado un poco de miedo el final, sobre todo cuando Pereyra decía que el

mosquito estaba a punto de reventar el frasco. ¿Sería cierto eso? Había releído esas últimas páginas mientras estaba parada al lado de Eduardo y había notado una advertencia de la luz roja que no había llegado a convertirse en dolor de cabeza, aunque sí había sentido el calor y la presión en la nuca. Era raro, porque jamás le había pasado leyendo una historia.

Jueves 17 de Noviembre, 14:17

El GPS llevó a Alberto hasta la dirección que Juan le había pasado. Tocó el timbre de un bonito chalet al que se lo notaba algo descuidado, le hacía falta una mano de pintura y un jardinero urgente. Llamó varias veces sin resultado. Oía sonar el timbre en el interior de la casa y nadie respondía. Ya volvía hacia el auto, cuando vio a Eduardo que se acercaba caminando desde la esquina.

—¡Señor Reynini! —exclamó Eduardo.

—Pensé que no estabas —dijo Alberto—. Me estaba yendo.

—Salí por la puerta del garaje que da a la otra calle. Estoy siguiendo tus instrucciones. Mejor prevenir... Además, estaba sentado en el trono del baño, y esa tarea no la interrumpo por ningún motivo.

—Ya lo creo.

Eduardo señaló hacia la puerta.

—¿Vamos adentro? —invitó.

—No, estoy apurado. Solo pasaba a hacerte una propuesta. ¿Podés zafar del laburo esta tarde?

—Puedo, pero no debo. Tendría que ser por algún motivo que valiera la pena. Adelantame algo para convencerme.

—Es un asunto por la zona del parque Pereyra.

—Ya me convenciste. Esperame un minuto que me pongo la ropa de combate. Pero, mientras tanto, entrá, no te vas a quedar acá afuera.

—Bueno, dale.

Eduardo sacó del bolsillo la llave de la puerta principal de la casa, giró la cerradura y empujó la puerta haciéndole un gesto a Alberto para que pasara. Luego desapareció escaleras arriba. Alberto paseó por el comedor observando todo con detenimiento, tal era su vicio. A los pocos minutos, Eduardo reapareció luciendo unas espectaculares bermudas amarillas y una remera con la inscripción: «*Waikiki team*». Completaba el atuendo con unos aparatosos lentes de sol de color naranja y su ya clásica sonrisa maléfica-burlona en la cara.

Alberto lo miró de arriba abajo.

—Estoy empezando a envidiarte —le dijo—. Con el calor que hace tendría que haberme vestido como vos, pero vengo de una reunión de trabajo.

—Si querés, te presto ropa.

Alberto temió recibir alguna holgada bermuda multicolor hawaiana

—No, gracias. Mejor no perdamos tiempo. Alguien nos espera.

—Como quieras.

Una vez en el auto, Alberto pisó el acelerador sin escatimar presión y el viejo BMW se lanzó con agilidad. En un par de minutos se encontraban en la autopista. Eduardo abrió la ventanilla dejando que el aire le alborotara los cabellos.

—Pensaba que habías perdido el entusiasmo en el asunto del Árbol de cristal —dijo—. Hace más de dos semanas que nos reunimos en casa de Juan y no dabas señales de vida.

—Para nada. Lo que pasó es que estuve intentando conseguir un contacto adentro, pero no encontré nada que valiera la pena. Al final, creo que apareció algo interesante. En pocos minutos lo vas a ver con tus propios ojos.

—¿Vamos a tener acción hoy?

Alberto sonrió ante el entusiasmo no disimulado de Eduardo.

—No lo creo. Hoy es día de observación.

—Observemos, entonces.

Al llegar al parque Pereyra, Alberto notó lo mucho que había crecido la vegetación en los últimos días, lo que le hizo recordar la expresión de Juan Pereyra cuando decía en el diario que el parque «explotaba de verde». De esa forma se veía el parque en estos momentos, lo cual tenía su lógica, ya que estaban en la misma época del año en la que Juan Pereyra había situado su relato.

Alberto no optó por un camino secundario que bordea el parque por su flanco oeste, el Camino General Belgrano. Cuando ya habían cruzado la mayor parte del parque, disminuyó la velocidad y giró a la derecha por un camino vecinal.

—¿Se puede saber a dónde mierda vamos por acá? —preguntó Eduardo.

—Ya lo vas a ver, falta poco.

Un kilómetro más adelante, el camino hacía un giro de noventa grados a la izquierda. Pocos metros después, Alberto frenó y se dio vuelta para mirar el rostro de su acompañante.

Se encontró con lo que esperaba: la mandíbula de Eduardo estaba unos cuantos centímetros más abajo que el resto de su cara.

—Dale —dijo Eduardo—, estás esperando a que te pregunte qué es esto. No te voy a dar el gusto, te lo voy a decir yo: Es un radiotelescopio, pero que me culee un burro si sé qué mierda hace un radiotelescopio perdido acá en medio de los tomates y los zapallos. —Movié el brazo hacia las hortalizas que crecían en el campo vecino.

Alberto no pudo contener una sonrisa.

—Entonces te lo voy a decir yo. Estamos frente al Instituto Argentino de Radioastronomía. Acá trabajan para el SETI. ¿Sabés lo que es el SETI?

—¿SETI? ¿SETI me decís? La puta que te tiró, ¿me estás jodiendo?

Alberto movió la cabeza a un lado y al otro varias veces.

—*Search extra terrestrial intelligence* —dijo Eduardo—. O dicho en cristiano: búsqueda de inteligencia extraterrestre. Eso es SETI, pero hasta dónde yo sabía el proyecto estaba desactivado desde hace una pila de años, y jamás se me hubiera ocurrido que se hacía en Argentina.

—Entonces te doy noticias frescas: el proyecto se reactivó hace poco. Desde la primera época del programa SETI, siempre se había buscado un lugar desde donde se pudieran escanear los cielos del hemisferio sur. Y bueno... acá estamos.

—Vaya sorpresa. Esta sí que es buena. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué te parece si entramos?

—¿Podemos?

—¿Creés que te traje solo para mirar de afuera?

Eduardo le dio dos palmadas en el hombro a Alberto mientras este volvía a acelerar para avanzar unos metros y detenerse frente al portón de entrada. Desde allí se podía apreciar la totalidad del recinto: dos radiotelescopios y un edificio cubierto de cristal ubicado entre ambas antenas.

El vigilante se acercó a ellos.

—Buenas tardes —dijo.

—Soy Alberto Reynini. Venimos a ver al profesor Patricio Enriquez.

—Pasen. Los está esperando.

El vigilante volvió a la garita y desde allí accionó el mecanismo que abría el portón.

—Nos está esperando —repitió Eduardo—. Eso me gusta.

Después de estacionar el auto, caminaron hacia la entrada principal. Pocos metros antes de llegar, la puerta se abrió y una persona salió a recibirlos. Era un individuo de no más de un metro sesenta centímetros de estatura que, a pesar de la espesa barba que le cubría el rostro, no aparentaba más de veinticinco años.

—¿Este pendejo hippie es el profesor? —preguntó Eduardo.

—Callate —respondió Alberto.

Al llegar a la puerta, el tipo de la barba le ofreció la mano a Alberto.

—Bueno, por fin nos conocemos en persona —dijo.

—Sí, después de tantos *e-mails* es bueno verse cara a cara. Te presento al señor Eduardo Spinetti. Él es el profesor Patricio Enriquez.

Los presentados se dieron las manos haciendo evidente una expresión de mutua desconfianza. Luego, Patricio abrió la puerta de cristal que estaba a su espalda.

—Pasen —dijo.

Se encontraron en una sala con varias hileras de sillones que miraban hacia una gran pantalla de TV que colgaba de la pared. Patricio continuó caminando y los guió a través de un pasillo hasta cruzar una puerta de cristal de doble hoja que daba a la sala de control del complejo. Allí, en dos pantallas, una a cada lado de la sala, se veía el monitoreo del rastreo de los radiotelescopios. Se mostraban imágenes circulares similares a la de un radar. En la parte inferior de las pantallas se veían tres filas de números que cambiaban de forma continua. En el centro de la sala, había una gran mesa redonda en dónde estaba desplegado un mapa estelar.

Patricio apoyó las manos en la mesa y se inclinó sobre el mapa.

—Este es el cielo del hemisferio sur —dijo y fue moviendo la mano—: Centauro, La Cruz del Sur, La Popa, La Vela, La Quilla, El Triángulo austral, El Can mayor y Orión, esta última constelación está en el ecuador celeste, lo que quiere decir que se puede ver desde ambos hemisferios.

Alberto había seguido el movimiento de la mano de Patricio y había notado algo en particular.

—¿Y esos puntos rojos que indican? —preguntó.

—Son nuestra contribución, el resultado de nuestro trabajo. Son los puntos desde dónde hemos recibido señales de radio de alta intensidad en un ancho de banda ultracorto.

—¿Qué te parece si lo traducís al idioma de los mortales? —intervino Eduardo.

—Es el tipo de señal que se esperaría recibir si la emitiera una civilización extraterrestre.

Alberto contó en silencio los puntos rojos sobre el mapa.

—Diecinueve civilizaciones extraterrestres —dijo—, y son sólo las que se captan desde el hemisferio sur.

—No, no te apures tanto. Nada de civilizaciones, son sólo señales de radio. En realidad, no tenemos ni idea de cuál puede ser su origen, sólo que son como debieran ser si alguien emitiera una señal de radio en alguna parte del cosmos. No tenemos ninguna prueba de que sean alienígenas. Además, en todos los casos, las señales solo han durado un intervalo de tiempo muy corto, unos pocos segundos, y nunca se ha vuelto a repetir una señal desde un mismo lugar. Pareciera ser que en el espacio hay muchísima interferencia y las señales captadas son muy irregulares.

—Bueno, pero se nota que han avanzado mucho. Hace unos pocos años no tenían ningún punto rojo en este mapa.

—Eso es cierto.

Eduardo empezó a pasearse por delante de los equipos, y a hacerle preguntas a Patricio acerca de la utilidad de cada uno, oyendo las respuestas con atención. A Alberto le causaba gracia el hecho de que en ese momento Eduardo mirara con respeto a la persona a la que hacía unos minutos se había referido como «pendejo hippie». Patricio se dedicó a responder con paciencia todos los requerimientos hasta que Eduardo se mostró satisfecho, luego fue hasta una puerta lateral.

—¿Me acompañan? —dijo.

“Pasaron a una habitación pequeña con un escritorio en el centro y un gran ventanal por el que se podía ver uno de los radiotelescopios. Patricio señaló dos sillas que estaban frente al escritorio.

—Tomen asiento —dijo.

—¿Puedo? —preguntó Eduardo señalando un sillón ubicado frente al ventanal.

—Por supuesto.

Mientras Eduardo se acomodaba en el sillón, Alberto y Patricio se sentaron frente a frente en el escritorio.

—Retomo un poco la historia —dijo Patricio—. Como ya te conté por correo, hace como dos meses vino a verme este tipo Michael Green. Desde ya te digo que ese no es su nombre real. Él mismo lo insinuó en una de las reuniones. Parece extranjero. Algunos dicen que es de Kazajistán, aunque a mí no me consta. Empezó por decirme que el método que usamos para detectar inteligencia extraterrestre no es el correcto porque lo que recibimos es pura interferencia. Me dijo que por eso las señales que recibimos solo duran décimas de segundo. Que necesitamos un filtro por software que saque toda la porquería. Que una vez que diseñemos eso, él nos va a decir cuál es el segundo paso. Me adelantó que las señales usadas para transmitir a distancias siderales siempre están ultra comprimidas y que si no las sabemos descomprimir no vamos a entender nada.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Lo obvio. Que cómo sabía él tal cosa.

—¿Y qué te dijo?

—Se cagó de risa. Me dijo que aunque hiciéramos lo que él nos decía, igual no íbamos a captar nada con esa lata de mierda que teníamos ahí afuera, que dejara de perder el tiempo, que él tenía un trabajo más productivo para mí. Me ofreció trabajar en un proyecto de biotecnología, que es mi otra pasión. Yo le contesté que el tema me interesaba, pero que no era mi campo profesional, por lo que no podía aceptar un trabajo en esa área y que, además, de ninguna manera, ni por ninguna plata, abandonaría el trabajo que estoy haciendo acá en el Instituto de Radioastronomía. Me contestó que se había contactado conmigo porque sabía que yo estaba trabajando en el SETI. Que eso, en combinación con mis conocimientos de biotecnología, era exactamente lo que estaba buscando. Le dije que se explicara mejor, porque no se entendía que tenía que ver una cosa con la otra, y entonces me dijo: «eso te lo voy a explicar in situ, y no te preocupes porque no me interesa que

dejes tu trabajo actual, todo lo contrario. No vamos a tener problema en acomodar los horarios porque lo que te estoy ofreciendo está a cinco minutos de acá».

En concreto, me ofreció trabajar tres horas por día durante la semana más ocho horas los sábados, pagándome cuatro veces más de lo que gano ahora. No le creí nada, pero acepté ir al lunes siguiente a donde me decía.

—¿Y a dónde te dijo que fueras? —preguntó Eduardo.

—A la escuela de policía Juan Vucetich.

—Me lo suponía.

—Ese lunes salí de acá a las cuatro de la tarde, crucé el parque Pereyra por los caminos internos y en cinco minutos estaba estacionando el auto en la escuela de policía. El tipo estaba parado en la puerta esperándome. Me hizo pasar al vestíbulo y desde ahí encaró por un pasillo que va para el fondo hasta llegar a una de las últimas puertas. Abrió y entramos a una habitación que tiene unas escaleras que van para abajo. Todo esto mientras me contaba a carcajadas una película que había visto ese día, a lo yo que asentía sin meter bocado. Cuando terminamos de bajar las escaleras, aparecimos en el extremo de un pasillo tan largo que no se veía dónde terminaba.

—Ajá —interrumpió Eduardo—. Entonces, eso demuestra que desde la Vucetich también se puede entrar a los túneles.

—¿Ustedes saben de los túneles?

—Por supuesto, pibe. Seguí.

—Bueno. Cuando vi semejante túnel, me paré en seco y le pregunté a dónde mierda íbamos. Él se dio vuelta, se puso serio, y me dijo: «como te podrás dar cuenta, estamos entrando a una instalación secreta. A partir de este momento todo lo que veas no podés divulgarlo. Esta es la primera condición de tu trabajo».

No me gustó nada que me apurara de esa manera y estuve a punto de pegarme media vuelta, pero la curiosidad pudo más y seguí. El pasillo debe tener unos cuatrocientos metros desde la entrada hasta las instalaciones subterráneas. Me llevó

a un laboratorio y me mostró dos frascos. Uno contenía un líquido transparente y viscoso. Me dijo que esa era la resina del Árbol de cristal. En el otro frasco, había un trozo de una sustancia sólida de color verde, que también tenía cierta transparencia. Según él, eso era la misma resina del árbol pero procesada. Me dijo que lo que él quería, era descubrir cuál era la diferencia entre una y la otra o, mejor aún, cuál era el proceso que operaba en la resina para pasar de un estado al otro. «Sospecho que el cambio se produce en la estructura genética», me dijo. «Que analizara la posibilidad de modificar mediante biotecnología la resina transparente para convertirla en la verde».

Le pregunté cómo había ocurrido esa conversión en las resinas que estaban en los frascos, y me dijo que el proceso lo había hecho una máquina que ahora ya no funcionaba, que estaban intentando repararla, pero que para eso necesitaban entender primero la diferencia entre ambas resinas. Después me mostró las máquinas que, según él, procesaban la resina. Ahí había varias personas trabajando: algunos parecían mecánicos, otros trabajaban en la electrónica del equipo y también había informáticos. Todos estaban vigilados por unos tipos con uniforme verde.

Las máquinas en sí parecen lavadoras industriales con control computarizado. Le dije a Green que, hasta dónde yo sabía, ninguna máquina de ese tipo se utilizaba para producir cambios en la estructura genética, que el proceso de cambio en la resina tendría que ser de otra índole. A eso me contestó que entonces analizara las dos muestras y que confirmara que el ADN de las mismas fuera idéntico, pero que él estaba seguro de que no lo era. Me acompañó hasta afuera y me dijo que quería algo más: que aplicara la información que me había dado para mejorar el SETI y que le avisara cuando se detectara alguna nueva señal de radio. Le contesté que para eso no me necesitaba a mí. El IAR pertenece a la Universidad de la Plata y todos los informes son públicos, cualquier persona puede consultarlos. Me dijo: «los informes tardan en publicarse y yo no tengo tanto tiempo». Le contesté que me

daba lo mismo, que no había problema en adelantarle esa información porque no era secreta. Entonces me dio las gracias y se fue.

Eduardo se levantó del sillón de un salto.

—Necesito café —dijo.

—Te lo traigo —dijo Patricio—. Alberto, ¿vos querés café?

—Sí, dale. Gracias.

Patricio salió de la habitación y cerró la puerta. Eduardo se paró junto a la ventana. La sombra del radiotelescopio se había ido extendiendo y cubría casi todo el terreno del complejo.

—¿Qué opinas de lo que dijo este pibe hasta ahora? —preguntó.

—Que sería interesante saber quién carajo es ese Michael Green y por qué está al mando de lo que se está haciendo allí abajo.

—Por lo menos se confirma tu teoría de que este tipo está intentando hacer funcionar las máquinas para recrear la famosa resina de la juventud de la que habla Juan Pereyra.

—Sí, aunque sigo sin entender cómo accedieron a esa información.

—Quizás había otra copia del diario además de la que encontró tu socio. Pudo haber quedado entre los integrantes de la familia Pereyra.

—Es posible. Espero que idiota no estropee la máquina antes de que podamos probar la llave que tenemos.

—Yo todavía no estoy seguro de que el cilindro ese sea la llave de nada.

En ese momento entró Patricio con los cafés y Eduardo se hizo el distraído mirando la gigantesca antena por la ventana. Patricio puso los cafés sobre la mesa y abrió una gaseosa para él. Alberto puso tres cucharadas de azúcar en su café y lo revolvió con lentitud.

—Dijiste que Green tiene gente intentando hacer funcionar las máquinas. ¿Pudiste averiguar algo en concreto acerca de qué están haciendo?

—Sí. Cuando yo empecé a trabajar ahí, hace mes y medio, estaba toda esa gente que te describí estudiando una de las máquinas, pero un par de semanas después los echó a todos. Esa es otra de las mañas que tiene: De vez en cuando monta en cólera, se enoja con alguno y lo echa a patadas. Parece ser que los ingenieros le dijeron que las máquinas están en perfectas condiciones mecánicas y electrónicas, y que el problema era exclusivamente informático. Las computadoras se pueden encender, se ven las pantallas, pero no se entiende nada. O sea, el sistema operativo no es un sistema estándar. No es Windows, no es Linux, ni nada por el estilo, es algo incomprendible por completo.

—¿Y los informáticos no pudieron entender nada?

—El problema es que no son caracteres convencionales. No hay letras ni números. Aparecen barras verticales, horizontales y oblicuas, formas geométricas de todo tipo y flechas en distintos sentidos. Es obvio que se trata de un lenguaje lógico, pero los informáticos estaban perdidos, en cero, y nadie se atrevía a decírselo a Green. Hasta que se dio cuenta y los rajó a todos.

Hace quince días trajo a un chico mexicano que supuestamente es un genio. El chico le dijo que lo único que le falta al sistema para arrancar es la contraseña, pero parece que la cosa no debe ser tan fácil, porque todavía no la logró descifrar. Green está que trina y ya le dio el ultimátum al mexicano también.

—Lo que nos interesa a nosotros es que sigas pendiente de lo que pase con las máquinas. En particular, que no le pierdas pisada a lo que esté haciendo el informático y, en el caso de que eventualmente la máquina funcione, nos avises lo más pronto posible.

—Está bien —dijo Patricio—. Pero quiero que ustedes me cuenten lo que saben sobre las máquinas.

—De acuerdo, pero la historia es larga. Así que te voy a contar los puntos más importantes para que no estemos acá hasta mañana.

Alberto le relató a Patricio una versión resumida del diario de Juan Pereyra, omitiendo la referencia que Pereyra hacía de la pieza que le había sacado a la máquina. Tampoco le contó nada del episodio de su último vuelo como piloto de la fuerza aérea. Había investigado a Patricio y sabía quién era, pero tampoco confiaba del todo en que no le diera los datos a Green.

Los tres volvieron a estrecharse las manos y Patricio los acompañó hasta la puerta de salida.

Viernes 18 de Noviembre, 2:47

Juan se despertó en medio de la noche. Sentía la garganta seca. Después de un periodo de vacío, había soñado de nuevo.

No le gustaba encender las luces cuando se levantaba a la madrugada porque luego le costaba más volver a dormirse. Caminó a oscuras hasta la cocina y abrió la heladera. Un colorido envase de jugo de pera lo tentó desde el fondo del estante. Dejó la puerta de la heladera abierta para que hubiera algo de luz y buscó un vaso en la alacena. Se sirvió y bebió. Intentó recordar el sueño. Estaba en un lugar oscuro, pero que no era el bosque, era un lugar cerrado, en donde vagaba por largos pasillos. Estos pasillos tampoco parecían ser los túneles del complejo del Árbol de cristal, ya que eran más angostos y claustrofóbicos. Intentó relajarse a consciencia durante un rato y las imágenes empezaron a ser más congruentes, a cobrar sentido. Recordó la parte final del sueño, en donde, después de mucho caminar, los pasillos comenzaban a iluminarse. Las luces se encendían una a una hasta enceguecerlo. Entonces aparecía la chica, la del diario de Juan Pereyra, María. ¿O sería Sara? Para él todas eran la misma chica de sus sueños que por supuesto tenía los ojos blancos, esos que iluminaban como si fueran bichos de luz. Ella lo llevaba por los pasillos y

atravesaban puertas que se abrían solas cuando se acercaban. Le mostraba diferentes aparatos que Juan no entendía qué eran ni para qué servían. Al final del sueño, entraban a una habitación que se encontraba a oscuras por completo. Y ahí se acababa el sueño.

Juan pensó que estaba sugestionado por el diario de Pereyra. Lo raro era que ya habían pasado dos semanas desde el día de la reunión. ¿Por qué soñaba ahora?

Terminó el jugo de pera, cerró la heladera y volvió a la cama.

Martes 29 de Noviembre, 23:10

El programa de correo electrónico emitió el sonido de un nuevo ingreso a la bandeja de entrada. Alberto dejó el libro que estaba leyendo sobre la mesita de luz y se levantó de la cama para acercarse hasta el escritorio. Movi6 el rat6n y la pantalla del monitor cobró vida. Ley6:

De: Patricio Enriquez

Para: Alberto Reynini

RE: rbol de cristal

Sería lo que había estado esperando? El texto era muy extenso y tuvo que bajar mucho la barra lateral hasta llegar al final. Volvió a subir hasta arriba del todo y comenzó a leerlo con detenimiento:

«En los días posteriores a nuestro encuentro, completé la primera tarea que el señor Green me había encomendado. Después de haber estudiado la composición química de ambas resinas y de haber comprobado que estaban hechas exactamente

con los mismos elementos, comparé sus estructuras genéticas. Resultó ser que Green tenía razón: existe una sutil aunque fundamental diferencia entre ambas muestras. En la muestra sólida de color verde, o sea, la procesada, la cadena genética tiene una complejidad extra. Al confirmarle este descubrimiento a Green, me dijo que me preparara porque, en caso de que no funcionara la máquina, sería yo el encargado de sintetizar la resina verde mediante biotecnología. Por lo tanto, que fuera instrumentando los métodos necesarios para llevar a cabo dicha producción. Le contesté que necesitaba ciertos equipamientos, que por cierto no son económicos, y que también sería necesario un equipo de trabajo de al menos cuatro personas, advirtiéndole que, de todas formas, sería muy difícil calcular cuánto tiempo podía llevar conseguir resultados, pero que, en principio, había que pensar en un período mínimo de varios meses. Me contestó que no me preocupara por el dinero y que me pusiera ya mismo a contratar el personal y a comprar los equipos. Dijo: «No sé cuánto tiempo tenemos y no quiero arriesgarme. Vamos a ejecutar el plan A y el B al mismo tiempo».

Puse manos a la obra. Entretanto, observé que Green no desistía en su intento de hacer funcionar la máquina. De lo que sí ha desistido, es de continuar buscando la clave para hacer arrancar el ordenador principal. Llevaban muchos meses intentándolo y estaba harto de no conseguir ningún resultado. Hace un par de días, le solicitó a los informáticos que desarrollen una computadora nueva que, reemplazando a la original, controle la procesadora de resina. Personalmente, y a pesar de que la informática no es mi campo, lo de reemplazar la computadora me parece aún más inverosímil que tratar de hacer funcionar la original, más aún, luego de ver las caras de pánico de los informáticos, que no tienen ni idea de por dónde empezar, pero con tal de conservar la gruesa paga que les da Green, no le dicen que el proyecto no tiene ni pies ni cabeza.

Esto es una bomba de tiempo y es cuestión de días para que Green vuelva a estallar y a patear culos de nuevo. Por otra parte, hace cinco días Green me

preguntó si conocía algún proveedor del IAR que vendiera los filtros que usan los radares para evitar las interferencias de los objetos que se mueven en tierra. Sorprendido por semejante requerimiento, le contesté que yo no tengo ni idea de cómo se maneja la sección de infraestructura del IAR y Green no volvió a insistir. Al día siguiente, o sea el viernes pasado, aparecieron tres técnicos de una empresa especializada en antenas y colocaron una especie de equipo para radioaficionados en un árbol cercano al complejo. Luego colocaron un cableado que va desde la antena hasta la nueva computadora con la que están tratando de hacer funcionar la procesadora de resina. Desconozco por completo qué pretenden hacer con eso y no pienso preguntar para no levantar sospechas. Lo que sí logre descubrir, cuando me di un disimulado paseo a la hora de la merienda, es que la antena está camuflada en el pino más alto del bosque, que estoy casi seguro que es el llamado «de los doce cadetes».

No olvide saludar a su amigo Eduardo de mi parte.

ATTE: Patricio Enriquez

PD: Olvidé decirte que la semana pasada una empresa de seguridad instaló un circuito cerrado de TV con al menos dos docenas de cámaras repartidas en los puntos más estratégicos del complejo.»

Alberto volvió a recostarse en la cama. La *post data* le había caído como una patada en el traste. Así no había manera de planificar una segunda incursión al complejo. ¿Por qué Green se preocupaba ahora por la seguridad? Había pasado un mes desde que ellos habían estado allí. O era muy desorganizado, o temía a alguien más. El resto de la información de Patricio tampoco era halagüeña. Green seguía manoseando la máquina, y lo más llamativo todo era que había montado una antena en el pino de los doce cadetes. Era demasiada casualidad que hubiera elegido

exactamente el mismo árbol que según el diario de Juan Pereyra habían utilizado los extraterrestres para hacer la misma cosa. Ese dato era una evidencia más de que Green, por el medio que fuera, tenía acceso a la misma información que ellos. Estaba rodeándose de gente capaz como Patricio y podía conseguir resultados en cualquier momento. Nunca se debe subestimar el poder de una sola persona cuando esta tiene malas intenciones. Esa era una lección que Alberto había aprendido hacía mucho tiempo atrás: siempre es más fácil dañar que hacer cosas constructivas. De una forma u otra, había que fastidiarle los planes a ese idiota y después averiguar de una vez por todas cuál era la relación, si es que existía, entre las máquinas, el diario de Pereyra y el cilindro rosa de Sara.

Contestó el mail de Patricio solicitándole un plano con la ubicación exacta de las cámaras y de cómo se controlaban y almacenaban los videos grabados.

Tenía que volver al complejo pero, ¿era sensato volver a arriesgar a Sara, a Juan o a Eduardo en una nueva operación? Pensó que quizás había llegado el momento de actuar en solitario, como en los viejos tiempos.

El miércoles por la mañana recibió la respuesta de Patricio con un plano adjunto de las cámaras de seguridad. En él, Alberto comprobó que la instalación estaba hecha por un profesional y que no tenía puntos débiles notorios. Era imposible circular por el complejo sin ser visto. Volvió a escribirle a Patricio, preguntándole si creía factible poder desactivar ciertas cámaras en un horario determinado. Recibió una respuesta rápida: «pan comido», aseguraba el astrobiólogo.

El segundo problema a resolver era por dónde entrar al bosque. Después de la persecución, era seguro que Green tendría vigilado el camino que iba de Hudson hacia Pereyra. Volvió a recurrir a los mapas y buscó una entrada que resultara lo más inesperada posible. No cabía duda de que el flanco norte, el único no bordeado por caminos, en dónde el bosque lindaba con barrios privados, sería un sector desde dónde no se esperaba que entrara nadie. El problema era que la zona le era desconocida por completo. Tendría que hacer trabajo de campo.

Esa misma tarde salió con el auto y recorrió la zona de barrios privados al norte del bosque. Después de varias idas y vueltas dio con lo que buscaba. El camino presentaba algunas dificultades, la más notable era su longitud. Había que hacer cinco kilómetros a pie desde dónde se podía dejar el auto hasta el Altar de la Virgen. Calculó que por la noche, y andando con cuidado, se podrían recorrer en un máximo de una hora y quince minutos. La siguiente dificultad, aunque menor, era que el camino no era gratis.

Jueves 1 de diciembre, 20:46

Juan había estado una hora hablando por teléfono con Alberto. Se sentía desorientado, sin estar seguro acerca de qué camino tomar. Paseó su mirada por el jardín hasta detenerla en los ojos de Laura.

—Me parece que vas a tener que ir —dijo ella.

—Ustedes están todos locos —dijo Juan.

—Puede ser, pero no te olvides que si dejás de seguir a tus sueños, puede ser que sean ellos los que te persigan a ti.

Viernes 2 de Diciembre, 21:22

Cuando Alberto giró en la esquina de la calle Yermal, vio a Sara esperándolo en la puerta de la casa de Sonia. Antes de que frenara del todo, Sara ya caminaba hacia el coche. Llevaba puesta la misma ropa de la vez anterior: calzas y remera deportiva

de color negro. Cuando ella entró al coche, la besó y luego saludó a Sonia con la mano.

—Estás hermosa con tu traje de ladrona profesional —le dijo.

—Ladrona, no, pero profesional, sí —contestó Sara con una sonrisa mientras se colocaba el cinturón de seguridad.

La calle era una cortada y no quedaba otro camino que retroceder. Alberto puso la marcha atrás y aceleró, haciendo que el BMW flotara sobre los desaparejos adoquines hasta llegar a la esquina. Pocos minutos después viajaban a velocidad crucero por la autopista 25 de Mayo en dirección al bajo.

Una vez fuera de la ciudad, Sara abrió un poco la ventanilla. A lo lejos se divisaba el resplandor de los relámpagos. Le pareció sentir la electricidad en el aire, esa que se percibe cuando algo importante está a punto de suceder. Al llegar a la altura de Quilmes, sacó su teléfono y marcó un número de los contactos.

—¿Eduardo?

...

—De acuerdo. Nosotros también estamos en camino y vamos dentro del horario acordado.

...

—Ok, nos vemos.

Sara volvió a guardar el teléfono.

—Va todo bien —dijo.

—Espero que nuestros amigos no pierdan los nervios y se comporten de forma sensata.

—Sí, vas a ver que sí.

Alberto salió de la autopista en Hudson, pero, en vez de tomar por el camino que se dirige hacia el parque Pereyra, continuó por la calle colectora que corre por el lado sur de la autopista, sobre la cual se encuentran las entradas a varios privados. Pasaron frente al barrio “Abril”, y luego frente a otro llamado “Hudson Park”. Un

kilómetro más adelante giraron a la izquierda por un camino de tierra en buen estado. A la derecha se observaban las luces de las viviendas del barrio privado “El Carmen”, mientras que del lado izquierdo oscuridad era total.

En menos de cinco minutos recorrieron la totalidad del flanco del barrio “El Carmen” y llegaron al final del camino. Frente a ellos, las luces del auto iluminaban el portón de entrada de un barrio privado en construcción. Alberto descendió del auto y caminó hasta la garita de vigilancia. Un guardia lo esperaba en la puerta.

—Buenas noches —dijo.

—Veo que son puntuales —contestó el guardia.

—Es nuestra costumbre

Alberto le entregó un sobre. El guardia lo abrió y estudió el contenido a la luz de una linterna.

—Bien, pasen. —Se guardó el sobre en el bolsillo de la campera y señaló un lugar entre dos árboles—. Estacionen el auto ahí.

Alberto regresó al auto y lo estacionó marcha atrás en el lugar indicado. Luego accionó el mecanismo que abría la tapa del baúl y fue hasta la parte trasera del auto. Esta vez había venido mejor preparado. Había comprado linternas de luces LED, livianas y de bajo consumo, que podían funcionar durante toda la noche en caso de ser necesario. Le entregó una a Sara y se guardó la suya en el bolsillo.

Sara encendió su linterna y probó el fino haz de luz entre los árboles. Luego regresó a la parte delantera del coche y tomó el cilindro rosa que había dejado en la guantera. Lo guardó en el único bolsillo con cierre que tenía en la espalda de la campera.

El vigilante se acercó a ellos. También portaba una linterna.

—¿Listos? —preguntó.

—En marcha —contestó Alberto.

El guardia los guió por un camino que recorría el flanco noreste del barrio en paralelo al alambrado perimetral. Durante los primeros cientos de metros pasaron al

lado de varias casas en construcción, más adelante el camino se angostaba hasta convertirse en una senda. Después de andar durante diez minutos, se encontraron con un alambrado frente a ellos, el guardia torció hacia la derecha por un sendero apenas marcado en la hierba. Poco después, las linternas volvieron a iluminar el alambrado. Alberto distinguió la puerta cerrada con candado que había visto el miércoles por la tarde. El guardia sacó una llave de su bolsillo, la introdujo en la cerradura y el candado se abrió con un chasquido. Luego descorrió un oxidado pasador, que había sido imposible de mover el miércoles y que había obligado a Alberto a saltar el alambrado.

—Como verás —dijo—, estuve trabajando. Para que las damas no tengan que hacer movimientos incómodos.

—¡Qué gentil! —dijo Sara fingiendo entusiasmo.

—Voy a dejar el candado abierto —dijo el guardia mientras miraba alternativamente a uno y a otro—. En cuanto amanezca, a las seis y media de la mañana, vengo y lo cierro. Es lo pactado. ¿Correcto?

—Correcto —dijo Alberto—. Si para esa hora no salimos, quiere decir que ya no vamos a salir por acá.

—¿Y qué hago con el auto en caso de que ustedes no aparezcan?

—Mandaré a alguien a buscarlo mañana.

—Hasta la vista, entonces. —El guardia se dio media vuelta y se alejó por donde habían venido.

Alberto tomó de la mano a Sara y la guió hasta el otro lado del alambrado. Una vez allí, cerró la puerta y volvió a deslizar el pasador.

—Seguime de cerca —dijo.

—No te preocupes, voy a ir tocándote la espalda, así sabrás que estoy allí.

Alberto comprobó una vez más lo difícil que era orientarse por la noche. A pesar de haber hecho el recorrido durante el día, las cosas se veían muy diferentes a la luz de las linternas. En los primeros metros no había sendero y tuvo que ir abriéndose

paso entre las ramas hasta salir a un camino. Una vez allí, desplegó un pequeño mapa que había dibujado en la exploración previa y continuó la marcha. El camino era una huella apenas marcada por el paso de algunos autos. Según le había dicho el guardia, era un camino interno perteneciente a una estancia privada que limitaba con el barrio hacia el norte y con la escuela de policía hacia el sur. Anduvieron durante algo más de un kilómetro sin novedad. A ambos lados los acompañaba el oscuro bosque, aunque hacia la derecha se percibían algunos claros. Alberto sabía, por haberlo visto a la luz del día, que esos claros eran campos en dónde pastaba el ganado. Esa pequeña explotación ganadera era lo poco que había quedado de la gran estancia que una vez había llevado adelante el ya mítico Juan Pereyra.

Cuando ya se habían acostumbrado al silencio de la noche, el ladrido furioso de unos perros rompió la monotonía. Alberto frenó y Sara chocó contra su espalda. Permanecieron inmóviles, en tensión. Los perros no paraban de ladrar, pero no parecía que se estuvieran acercando.

—Deben estar atados —dijo Alberto—, sino ya los tendríamos encima. Alejémonos antes de que los dueños se alarmen.

Reanudaron la marcha y poco más adelante los perros dejaron de ladrar. Apareció una tranquera ante ellos. Alberto se adelantó y la abrió, hizo pasar a Sara y volvió a cerrarla. Cinco minutos después se toparon con una segunda tranquera y repitieron el procedimiento. El camino siempre continuaba recto hacia el sur. Después de casi media hora de marcha, Alberto giró hacia la izquierda por un camino aún menos transitado, en el que solo se observaban huellas de bicicletas y de caballos. Si bien el altar de la virgen se encontraba directo hacia el sur, era necesario hacer un rodeo hacia el este para evitar los terrenos de la escuela de policía. Avanzaron seiscientos metros hacia el este y volvieron a girar, esta vez a la derecha, retomando la dirección hacia el sur. Poco después llegaron a unas antiguas instalaciones abandonadas. Se trataba de las caballerizas y los almacenes que habían sido parte de la antigua estancia San Juan. Haber llegado a este lugar, le

confirmaba a Alberto que la escuela de policía había quedado hacia el oeste y que se encontraban en el camino correcto.

A partir de ese punto entraron en la conocida red de senderos y tomaron por el que los llevaba directo hacia el Altar de la Virgen. Comenzaron a utilizar la técnica empleada con anterioridad, consistente en caminar cien metros y detenerse a escuchar. Era tedioso hacerlo, pero tenían que tomar todas las precauciones posibles para evitar ser sorprendidos. Después de repetir este procedimiento una decena de veces, Alberto distinguió los dos pequeños puntos de luz que correspondían a las velas que alguna persona piadosa mantenía encendidas a ambos lados del Altar de la Virgen. Avanzó con cuidado, teniendo en cuenta que tenían el puente roto por delante.

Lo único que había sobrevivido de ese puente, además de las barandas, eran los hierros en doble “T” que formaban su estructura y lo atravesaban de lado a lado. La parte superior de la “T” tenía unos quince centímetros de ancho, y durante el día era fácil caminar sobre ellos, pero por la noche, linterna en mano, no lo era tanto. Alberto se sentó a caballo de uno de los hierros y, colocando los pies en la parte inferior de la doble “T”, se fue impulsando hacia adelante. Mientras hacía eso, vio como Sara, mucho más audaz que él, pasaba caminando sobre el hierro de al lado y llegaba rápidamente a la otra orilla. Una vez allí, ella se sentó a descansar mientras lo esperaba. A Alberto aún le llevó un par de minutos alcanzar la otra orilla. Cuando al fin llegó, sacó una botella de agua y se la ofreció a Sara.

—¿Estás cansada? —preguntó.

—Para nada. Me encanta caminar en el silencio de la noche.

—Me alegro de que te guste.

Sara le dio un largo trago a la botella y se la devolvió a Alberto. Recorrieron los cien metros que les faltaban para llegar a la Virgen y dieron la vuelta al altar con temor de encontrar la entrada obstruida. Pero, tal como había intuido Sara, la losa de piedra estaba en su sitio. Parecía que nadie había descubierto su entrada secreta.

Entre los dos, pudieron mover la losa con facilidad. Sara enfocó con su linterna hacia las profundidades y luego miró a Alberto.

—Las damas primero —le susurró él.

Sara no necesitó que se lo dijeran dos veces. Encaró escalera abajo y, después de dar la vuelta al recodo, el haz de luz le mostró que la puerta de entrada al túnel también continuaba cerrada. Esa era otra señal de que nadie había estado por ahí. Tomó el picaporte y comenzó a moverlo con lentitud, temiendo que pudiera generar algún ruido, pero este y la puerta misma se abrieron sin chillidos al igual que la vez anterior. Asomó la cabeza dentro del túnel y enfocó con su linterna hacia ambos lados. El túnel estaba desierto. Saltó dentro de la galería intentando hacer el menor ruido posible. Alberto también entró al túnel y enfocó la cara de Sara con su linterna.

—¿No será mejor volver a salir y olvidarnos de todo esto? —le preguntó.

—¿Ahora que estamos aquí? Ni loca, sal tú si quieres.

Alberto consultó su reloj. Eran las once y dieciséis. Faltaban catorce minutos para que Patricio apagara las cámaras. En ese túnel no había cámaras, pero cuando giraran en la intersección que tenían a cien metros de distancia ya estarían expuestos a una de ellas. Mientras esperaban que pasara tiempo, aprovechó para asegurar la puerta, que no tenía picaporte del lado interno. De esa forma evitaba que se cerrara mientras ellos estuvieran allí dentro. Al cumplirse la hora estipulada, levantaron sus linternas y enfocaron el túnel en dirección norte.

—Me parece que ahora sí tengo ganas de largarme —dijo Sara.

Alberto la miró, intrigado, pero en la sonrisa de Sara descubrió que era broma. La tomó de la mano y empezaron a caminar por el túnel rumbo al árbol de cristal.

Viernes 2 de Diciembre, 22:40

Eduardo estacionó el auto en medio de un cañaveral. Abrió el baúl y empezó a hacer una revisión de las herramientas. Un pico, una maza, dos linternas, dos encendedores y el paquete secreto de Alberto. Soltó una carcajada.

—¿Se puede saber de qué te reís? —preguntó Juan.

—De nada. Estoy contento porque no hay palas. ¡Qué gusto! Nada de palear. La experiencia anterior excavando no me resultó muy placentera que digamos.

—Es cierto, pero que conste que lo de las palas fue idea tuya.

—Así es, cada uno se cava su propia tumba.

Habían entrado al parque Pereyra por el Camino General Belgrano y lo habían atravesado por las calles internas hasta llegar cerca del Camino Centenario. El objetivo era entrar al bosque por el sendero de los ciclistas. Iban en misión de apoyo... y de diversión. Diversión, en sentido de distracción.

Eduardo le entregó una mochila a Juan y se puso un bolso al hombro. Las linternas que la había dado Alberto eran un hallazgo: mucho más eficientes que las que habían llevado con anterioridad. Iba a cerrar la puerta del auto cuando recordó una de las frases de Alberto: “No cierres el auto y dejá las llaves puestas. Nadie va a llevárselo, y te vas a acordar de mí si a la vuelta estás apurado y tenés que embocar la llave en la oscuridad”.

Eduardo volvió a reírse y dejó las llaves en el contacto del motor.

Comenzaron a caminar hacia el camino Centenario. A medida que se acercaban, las luces de la ruta les permitían ver con más claridad. Cuando estaban a punto de salir de entre los árboles, Juan vio un coche de policía estacionado en la banquina, justo encima del puente sobre el arroyo.

—Me parece que estos tipos están más alerta de lo que pensábamos —dijo.

—No te preocupes, el perímetro es muy extenso y no pueden vigilarlo todo. Vamos a probar un poco más adelante.

Se alejaron cuatrocientos metros del puente. Allí la ruta describía una suave curva que era suficiente para impedir la visibilidad desde el lugar en donde estaba el patrullero. Cruzaron el camino Centenario y retrocedieron hasta llegar a la orilla del arroyo. Se internaron por el sendero y avanzaron con las linternas apagadas todo lo que les fue posible. Cuando las luces de la ruta ya eran casi imperceptibles, volvieron a encender las linternas. El bosque estaba tranquilo y silencioso, y la temperatura allí dentro era muy agradable, no hacía ni frío ni calor. Caminando a buen paso, recorrieron en unos cuarenta minutos los tres kilómetros y medio que los separaban de su objetivo. Al llegar al lugar que tenían marcado en el mapa, buscaron uno de los respiraderos entre la maleza.

Eduardo se sentó en el suelo apoyando la espalda en el tronco de un árbol.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Juan consultó su reloj.

—Once y veinticinco.

—Sentate. Todavía falta un ratito.

Viernes 2 de Diciembre, 23:25

Al llegar a la encrucijada de los seis túneles, Sara observó a su alrededor. Había algo distinto a la vez anterior, pero no sabía qué era. Paseó su vista por las paredes de los túneles norte y sur hasta que lo vio.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Qué cosa? —preguntó Alberto.

—Ese manojo de cables que está entre las tuberías.

Alberto se acercó y miró con atención. Había cables rojos y azules atados con precintos a las tuberías. Venían desde el complejo del Árbol de cristal y se perdían en el abandonado túnel sur, el que, según el diario de Juan Pereyra, se dirigía al emplazamiento de la nave.

—Deben ser los cables que van a la antena que nos comentó Patricio. No entiendo por qué hacen falta tantos cables para conectar una antena. ¿Qué te parece si aprovechamos el adelanto de tiempo que tenemos y vamos a ver hasta dónde van los cables? Así comprobamos la información que nos dio Patricio.

—Vale. Si consideras que es importante...

Avanzaron por el túnel sur con paso rápido. Las linternas iluminaban un polvoriento suelo lleno de pisadas recientes. Cuando habían hecho unos trescientos metros, Sara vio que los cables hacían una curva hacia arriba y desaparecían por un agujero en el techo del túnel.

—¿Sabes qué hay aquí arriba? —preguntó.

—Sí. El pino de los doce cadetes. Retomemos nuestro plan original.

Regresaron sobre sus pasos y en pocos minutos volvieron a estar en el cruce de los seis túneles. A partir de allí entraron en el terreno explorado la vez anterior. Poco después alcanzaron una gran montaña de tierra. Sara pensó que se encontraban en la montaña de tierra de la vez anterior, pero, apenas empezó a subirla, se dio cuenta de que era diferente.

—¿Albert? —dijo.

—¿Qué pasa?

—Esta no es la misma montaña de tierra que trepamos la otra vez.

—¿Cómo que no? ¿Por qué decís eso?

—Porque la tierra está blanda y húmeda, como si fuera nueva. ¿Ves que nos hundimos cuando pisamos?

—Sí, tenés razón.

Ambos iluminaron con sus linternas alrededor en busca de pistas. Alberto iluminó hacia arriba.

—Mirá el techo —dijo—. Es nuevo. Esta parte también se debe haber derrumbado y lo arreglaron hace poco. Me parece que a estos túneles les queda poca vida, cada vez se rompen más. Sigamos.

Cincuenta metros más adelante, pasaron por el lugar en donde había caído Juan. Lo reconocieron por las grandes raíces que penetraban el techo. Doscientos metros después, se toparon con otra montaña de tierra que sí resultó ser la que ellos esperaban.

Sara apagó su linterna y trepó por la ladera. Al llegar a la parte más alta, se recostó sobre la tierra y miró hacia adelante. Alberto también subió y se acostó junto a ella. La puerta de vidrio de dónde provenía la luz estaba cerrada, igual que la última vez que habían estado allí.

—Esperemos a ver si pasa el guardia —dijo Alberto.

Esperaron durante quince minutos, pero, esta vez, nadie pasó del otro lado de la puerta.

—No sé si el hecho de que no esté el vigilante es bueno o es malo —dijo Sara—. ¿Qué opinas?

—Que es probable que con las cámaras ya no hagan falta más vigilantes. ¿Qué hora es?

—Doce menos cinco.

—No nos queda mucho tiempo. Vayamos a nuestro puesto y esperemos la señal.

Se levantaron y pasaron del otro lado de la montaña de tierra hasta llegar al escondite que estaba a quince metros de la puerta. Sara se volvió a sorprender de lo ideal que resultaba ese lugar para espiar. Era un amasijo de hierros con un hueco en el centro en donde cabían tres personas. Lo mejor, era que había una gran rueda con agujeros desde donde se podía ver sin ser visto.

Sara notó que las manos le empezaban a temblar y comenzó a mirar impaciente su reloj. Sentía los nervios previos a la acción inminente.

—Falta un minuto —dijo Alberto—. Prepárate. Treinta segundos... diez... es la hora.

En ese instante no sucedió nada, pero, enseguida, se oyeron unos golpes sordos detrás de ellos. Al principio el sonido les llegaba sordo y lejano, pero fue aumentando de intensidad hasta que los sacudió un estruendo que parecía ser parte del túnel desmoronándose. Luego hubo treinta segundos de silencio y, después, el sonido ensordecedor de una sirena.

Alberto sonrió.

—Impresionante —dijo—. Yo que pensé que iban a fallar.

—¿Qué pasará ahora?

—No lo sé, pero lo que sea, será divertido.

—Eso espero, porque ahora estoy muerta de miedo.

Se empezó a ver gente que pasaba corriendo a través del cristal de la puerta, luego se oyeron gritos y voces de mando.

—Estemos atentos por si alguien abre la puerta —dijo Alberto.

Otra tremenda explosión retumbó en los túneles, mientras la sirena continuaba aullando sin parar. Se oyeron pasos a la carrera y gritos, esta vez provenientes de atrás de ellos.

Sara se sobresaltó y estuvo a punto de salir del escondite, pero Alberto le apoyó una mano en el hombro.

—Tranquila —le dijo—. Van hacia la posición de Juan y Eduardo.

—¿Estarán bien?

—Eso espero.

Delante de ellos, en la puerta de vidrio, no se veía ningún movimiento.

—Este es nuestro momento —dijo Alberto—. ¡Vamos!

Salió del escondite y fue hacia la puerta de vidrio. Sara corrió tras él, pero a medio camino oyó un ruido detrás y, temiendo que alguien pudiera estar viniendo desde esa dirección, se dio la vuelta para mirar.

Fue un error. Al desviar la vista de su camino no vio un tubo de hierro que estaba en el suelo, lo pisó y el tubo rodó. Sara sintió que su pierna se deslizaba hacia adelante y en el instante siguiente se encontró volando. Extendió por instinto los brazos y al final sintió las palmas de las manos chocando contra la tierra y luego la cara arrastrando por el suelo. Cuando al fin se detuvo, masticó tierra con gusto a sangre. Se incorporó al instante, intentando encontrar la linterna que se le había escapado de la mano, pero se había apagado y no la veía por ningún lado. Acto seguido, la levantaron por los hombros.

—¿Qué pasó? —preguntó Alberto.

—Pisé algo redondo.

—Volvamos al escondite.

—No, estoy bien. Sigamos.

Sara tenía tierra en los ojos. Se dejó llevar por la mano de Alberto hacia la puerta de vidrio. Salieron al pasillo circular y fueron hacia la derecha, hasta llegar al pasillo central del complejo. Alberto se asomó en él con cuidado.

—No hay nadie —susurró—. Vamos.

Sara pudo ver las rejillas del ducto de ventilación por donde se había deslizado en su visita anterior. Pasaron ante a un par de puertas identificadas como baños. Alberto abrió la que tenía la figura femenina y le indicó que entrara. Sara entró al baño. Alberto lo hizo tras ella, cerró la puerta y puso el pasador.

—Dejame ver esa herida —dijo. Abrió la canilla y empezó a lavarle la cara con suavidad.

Hasta ese momento Sara no había sentido dolor, pero el agua fresca le hizo reactivar la sensibilidad de la piel. En especial, le ardían los labios. Alberto le limpió los ojos y entonces pudo ver con más claridad.

—¡Qué idiota! —dijo—. No sé qué tenía que ver para atrás. Nos estamos atrasando por mi culpa.

Alberto cerró la canilla.

—Es lo mejor que puedo hacer por ahora —dijo—. ¿Cómo te sentís?

—Me arden los labios y me siento estúpida.

—Entonces, estás bien. Continuemos.

En ese momento se oyeron tres explosiones seguidas a los lejos. Salieron al pasillo y caminaron haciendo el menor ruido posible. Al llegar a una de las puertas del lado izquierdo, Alberto miró a través del cristal y le hizo señas a Sara para que mirara ella también. Sara vio que la puerta daba al anfiteatro en dónde Juan había visto y oído el discurso de Green. En ese momento se encontraba vacío. Sólo estaba iluminado por una tenue luz piloto. Más adelante, también se veía luz en otras puertas, pero del lado derecho del pasillo. Alberto miró por la siguiente puerta y le indicó que se agachara para pasar frente a ella. Sara supuso que debía de haber alguien allí. Continuaron avanzando hasta la última puerta del lado derecho. Si sus cálculos no estaban errados, allí se encontraba la máquina que procesaba la resina. Alberto tanteó el picaporte de la puerta y puso cara de fastidio.

—Está cerrada —dijo—. Vamos a tener que forzarla.

Aún se escuchaba la sirena, pero Sara dudaba de que ese sonido sirviera para camuflar el ruido que harían si tenían que abrir la puerta a golpes.

Alberto sacó una llave maestra que traía en el bolsillo y empezó a hurgar en la cerradura. Los minutos pasaban sin que consiguiera ningún resultado. Sara miró impaciente a uno y otro lado del pasillo. Si apareciera alguien en ese lugar, sería complicado escapar. Se volvió a oír una explosión y luego otra. Sara tuvo una idea repentina. Sin pensarlo, tomó carrera y, en el momento exacto en que sonaba la tercera explosión, le dio una tremenda patada con todo el peso de su cuerpo a la puerta. Alberto, que aún se encontraba inclinado sobre la cerradura, vio venir a Sara

en el último momento y dio un paso hacia atrás, trastabillando y cayéndose de culo al suelo.

La puerta se abrió con violencia, golpeando contra la pared lateral y produciendo un ruido considerable. Sara extendió la mano a Alberto y lo ayudó a levantarse. Ambos entraron y Sara cerró la puerta.

Dentro de la sala la oscuridad era total. De pronto se hizo la luz y Sara vio a Alberto junto al interruptor. Esa habitación no tenía ventanas que dieran al pasillo, por lo que no había que preocuparse si la luz estaba encendida.

—Vamos a poner ese escritorio contra la puerta —dijo Alberto—. Si alguien intenta abrir, nos metemos por los tubos de ventilación.

—Vale.

Sara ayudó a Alberto a mover el escritorio y luego buscó con la mirada la rejilla de ventilación desde dónde ella había espiado a esa habitación. La encontró sin dificultad porque algo muy vistoso salía de ella: un manojo de cables multicolor que sin duda era el mismo que habían visto en el túnel. Siguió con la mirada el recorrido de los cables y observó que llegaban hasta una computadora que había sido adosada a lo que parecía ser la computadora original de la máquina procesadora de resina. La máquina le parecía ahora mucho más grande que el día que la había visto desde la rejilla, quizás por el diferente ángulo de visión. Ese día, también había creído que eran varias máquinas distintas, pero ahora, que veía como estaba todo interconectado, quedaba claro que, en realidad, eran diferentes partes de la misma máquina.

Justo en el centro de la habitación estaba lo que parecía ser el control de mando. Allí era dónde se había instalado la nueva computadora. En el extremo opuesto de la máquina estaban las calderas. Había seis calderas, a cada una llegaban una docena de tubos de una pulgada de diámetro provenientes del techo y, de cada una, de ellas, salían dos grandes tuberías de quince centímetros de diámetro que se

ramificaban y se dirigían hacia una de las paredes. Desde allí pasaban a la habitación de los tanques transparentes.

Alberto fue hacia el control de mando. Lo primero que hizo fue encender la computadora que había sido adosada recientemente. Un monitor de alta definición cobró vida y apareció la presentación de un sistema operativo Linux normal y corriente. El sistema les pidió una contraseña.

—Era de esperarse —dijo Alberto—. Me parece que poco vamos a poder hacer acá.

—¡No te desesperes tan pronto! Probemos primero.

—¿Qué vamos a probar? ¿La contraseña? No. Es posible que si ponemos una contraseña errada el sistema active una señal de alarma.

—Tú lo has dicho... posible. Tendremos que arriesgarnos. ¿Para qué hemos venido aquí si no?

Alberto no había llegado a contestar cuando Sara ya estaba tecleando. Escribió: C-R-I-S-T-A-L y presionó la tecla *Enter*.

El sistema respondió con un: «*Wrong password*».

Sara escribió: A-R-B-O-L-D-E-C-R-I-S-T-A-L, tocó *Enter*, y volvió a recibir el mensaje de error.

—Yo no probaría más de tres veces —dijo Alberto.

—Estás negativo hoy, ¿eh?

—Realista.

—Vale. Un último intento entonces.

Sara escribió: J-U-A-N-P-E-R-E-Y-R-A.

—No creo que sea eso —dijo Alberto.

Sara se quedó pensando un momento, luego borró lo que había escrito y escribió: L-A-U-R-A-P-E-R-E-Y-R-A. Estuvo a punto de darle al *Enter*, pero en un último impulso borró: P-E-R-E-Y-R-A, y dejó solo: L-A-U-R-A.

—Ni de cas... —empezó a decir Alberto.

Sara ya había pulsado la tecla.

En la pantalla comenzó a abrirse una aplicación que desplegó una serie de gráficos. Sara miró sin entender.

—¿Qué será todo esto? —preguntó.

—Es el esquema de funcionamiento de la máquina. —Alberto fue señalando las distintas partes en el monitor—. Fíjate: estas son las calderas, estos los tanques, y estas líneas son los flujos de savia que llegan desde el Árbol de cristal.

Sara observó que, en efecto, era un esquema bastante simple. En cada una de las doce líneas de flujo que llegaban desde el árbol había unos números que indicaban las cantidades. La mayoría mostraban valores que oscilaban entre los quinientos y hasta mil doscientos centímetros cúbicos por día. Esta medida estaba indicada específicamente: «*cm³/day*». Lo que también estaba claro es que luego no pasaba más nada en la máquina, ya que el resto de los indicadores, tanto de las calderas como de los tanques, estaban todos en cero. Había indicadores de temperatura, de presión y otros que para Sara eran incomprensibles. Todo estaba en cero.

—Bueno —dijo—, está claro que la máquina sigue sin funcionar. Y lo que están intentando hacer, es que funcione con un sistema informático nuevo.

—A mí me gustaría inspeccionar un poco el sistema original —dijo Alberto.

Frente a ellos había otro monitor. La pantalla estaba enmarcada en un gabinete de chapa pintada de color verde sucio y desteñido. En algunas zonas la pintura se había saltado y el metal se mostraba oxidado, dando la impresión de haber permanecido una temporada a la intemperie. En el lateral izquierdo de la pantalla había dos grandes botones cuadrados bien visibles, también desteñidos, sin embargo, se llegaba a notar que uno había sido verde y el otro rojo.

Alberto probó el verde.

Se empezó a oír el sonido de un ventilador arrancando, mientras que la pantalla fue iba luminosidad de a poco hasta ponerse de color azul. Luego comenzaron a aparecer unas letras de color blanco: «*Insert key and press engine*», decían.

—Otra contraseña —dijo Sara.

Alberto puso las manos sobre un panel metálico que contenía un teclado.

—Sí, pero esta me parece que es más complicada.

Sara miró el teclado y vio que no tenía ningún símbolo escrito en las teclas, ni números, ni letras, ni nada. Además, no era un teclado normal de máquina de escribir o de computadora: tenía cinco líneas de teclas y once columnas. Cincuenta y cinco teclas en total. Todas las teclas eran iguales de forma y tamaño, y no había nada que se pareciera a un «*Enter*» ni nada por el estilo.

Sara empujó con suavidad a Alberto y se posicionó frente al teclado.

—Déjame probar —dijo—. Si tuve suerte que con el otro, quizás la tenga también con este.

Sara tocó una tecla al azar, pero ningún símbolo apareció en la pantalla azul. Entonces probó otras teclas, pero tampoco aparecía nada. Luego fue probando una a una todas las teclas restantes, pero la pantalla permaneció sin cambios, mostrando su burlón mensaje: «*Insert key and press engine*».

—Me parece que el teclado no funciona —dijo Alberto.

—¡Qué desilusión!

La sirena, que hasta ese momento había sonado sin pausa, de pronto enmudeció.

—Deben haber encontrado la sirena —dijo Alberto—. No es buena señal. Faltan segundos para que descubran el engaño.

—Démonos prisa —dijo Sara—. Revisemos las otras partes de la máquina, a ver si se nos ocurre algo.

Sara se levantó de la silla. Justo en el momento en que daba el primer paso, le pareció ver algo de color rojo en el monitor. Retrocedió y volvió a mirar la pantalla de frente, pero no se veía nada. Entonces, probó observar la pantalla desde diferentes ángulos, recordando que los antiguos monitores LCD solían cambiar la tonalidad al mirarlos desde diferentes posiciones. Al agacharse y mirar la pantalla desde abajo, una figura rosada apareció en el centro de la pantalla.

Sintió que se le erizaba la piel.

—Ven aquí —llamó a Alberto—. Agáchate y mira desde aquí abajo.

Alberto hizo lo que Sara le decía y miró a la pantalla.

—¡Es el cilindro rosa! —exclamó.

—Baja la voz.

Debajo de las palabras: «*Insert key and press engine*», se veía un cilindro rosado con los mismos símbolos que estaban grabados en el cilindro que Sara tenía en su bolsillo.

—El monitor está desgastado y no reproduce bien la gama de los rojos —dijo Alberto—, por eso esto solo se ve desde abajo. Sos una genia. No cabe duda que el cilindro es la «*key*», la llave. Hay que insertarlo en alguna parte.

Sara empezó a buscar por el panel frontal de la máquina, pero no encontró ningún lugar en donde insertar el cilindro.

—Mira por atrás —dijo—, aquí no hay nada.

Alberto rodeó el puesto de control de la máquina.

—Nada —dijo después de un momento—. Quizás no haya que insertarlo, solo pasarlo por algún lugar, como en un de lector de código de barras.

—No veo nada de ese estilo.

En ese momento se oyeron pasos en el pasillo.

Alberto saltó hacia el interruptor de la luz y lo apagó. Sara encendió la linterna y caminó hacia el ducto de aire, sacó la rejilla y esperó.

Los pasos siguieron de largo.

—¿Sara?

—¿Qué pasa?

—Vení.

—¿Dónde estás?

—En el panel de control.

Sara caminó otra vez hasta la vieja computadora. Alberto le señalaba un sector del panel frontal a la izquierda de la pantalla.

—Apagá la linterna —dijo él.

En la oscuridad, Sara alcanzó a distinguir que en ese lugar la chapa del panel parecía iluminada desde atrás.

—Parece una luz indicadora tapada con pintura —dijo.

Alberto intentó rascar la pintura con la uña, pero nada logró. Luego sacó la ganzúa que había usado para intentar abrir la puerta y rascó la pintura con ella.

Una brillante luz rosa iba apareciendo entre los restos de pintura.

Alberto continuó rascando hasta descubrir un círculo de cristal transparente iluminado por detrás por un potente LED rosado.

Sara sacó el cilindro de su bolsillo y lo acercó al círculo de luz rosa comprobando que el diámetro de este y el del cilindro eran iguales. Apoyó uno de los extremos del cilindro sobre el cristal, pero lo único que sucedió es que la luz quedó completamente tapada por el cilindro.

Me parece que esto tampoco funciona —dijo.

—Probá apoyar el cilindro al revés, por el otro extremo —dijo Alberto.

Sara hizo lo que Alberto le sugería y, cuando el cilindro hizo contacto con la superficie de cristal, esta se hundió repentinamente, absorbiendo el cilindro y desapareciendo este por completo hasta quedar al ras del panel control. En ese momento varias luces se encendieron, iluminando a través de la burda pintura con la que algún desinformado había tapiado varios indicadores del panel de control. La leyenda de la pantalla también cambió y aparecieron tres columnas de números de diez cifras que cambiaban a toda velocidad. Luego comenzaron a oírse ruidos en diferentes partes de la máquina.

—¿Lo conseguimos? —preguntó Sara—. ¿De verdad?

—Creo que iniciamos el sistema —dijo Alberto—. Parece que vamos a despegar.

Treinta o cuarenta segundos después los números se detuvieron.

Sara volvió a mirar la pantalla. Sólo decía: «*Press engine*».

—Creo que ahora sí sé que hay que hacer —dijo Alberto—. Y pulsó el botón verde.

Sábado 2 de Diciembre, 00:00

—¡Ahora! —atronó la voz de Eduardo.

Juan levantó el pico y lo lanzó con todas sus fuerzas contra el respiradero. Había pensado que sería más duro, que tendría que golpearlo varias veces para romperlo, pero, sin embargo, al primer golpe la desgastada mampostería voló por los aires, mientras que la tubería se hundía dejando un hueco de treinta centímetros de diámetro en el suelo.

Eduardo se agachó a mirar por el agujero y luego volvió a levantarse.

—¡Qué fuerza, macho! —gritó—. Con esto ya nos alcanza.

Acercó el encendedor a la mecha de un artefacto pirotécnico que ya tenía preparado en la mano. Al ver que la mecha cobraba vida, arrojó el artefacto por el agujero abierto en el techo del túnel. Tres segundos después, una contundente explosión hizo temblar el suelo.

—¡Tremendo! —dijo Juan—. ¿De dónde sacaste eso?

—Los trajo Albert, dijo que eran pirotecnia, pero para mí que atracó algún almacén militar. Imagínate el cagazo que se deben estar pegando ahí adentro.

—Me lo imagino.

Eduardo volvió a revolver dentro del bolso y sacó la sirena. Ató el extremo de una cuerda a la manija y el otro extremo a la rama de un árbol. Luego tocó el botón

de encendido, y la sirena empezó a taladrarles los oídos. La deslizó por el agujero en el techo del túnel.

El ruido que hacía el aparato allí dentro era infernal.

—Vamos a darles más —dijo Eduardo.

Avanzaron otros cuatrocientos metros y volvieron a repetir la operación en otro respiradero.

Cinco minutos después, ubicaron el tercer respiradero que Alberto les había marcado en el mapa. Juan volvió a tomar el pico y asestó su golpe mortal, aunque esta vez no resultó tan efectivo, ya que sólo arrancó un pedazo de revoque. Tuvo que dar otros cuatro golpes para lograr abrir un agujero.

Cuando Eduardo intentó meter el petardo encendido por el hueco abierto, se trabó y no cayó dentro del túnel.

—¡Corré! —le gritó a Juan.

Juan ya había corrido antes de que Eduardo le avisara. Casi se le cae la linterna, pero logró atajarla en el aire.

Esta vez, la explosión no se oyó tan fuerte. El sonido fue como un «tuff» más apagado, pero dos segundos después una lluvia de tierra empezó a caerles sobre las cabezas. Al regresar al lugar de la explosión vieron que parte del techo del túnel se había desplomado, abriendo un hueco de al menos seis metros cuadrados.

—No encuentro la mochila por ningún lado —dijo Eduardo.

—Yo no veo el pico.

—Estaban al lado del respiradero. Se deben haber caído adentro del túnel.

Juan se acercó al borde del hueco, iluminando hacia abajo con la linterna. La mochila y el pico no estaban a la vista. Dio un paso más hacia delante, pero su pie se hundió en la tierra blanda y retrocedió temiendo que el borde pudiera desmoronarse.

—No veo nada —dijo.

—Esto es una cagada —dijo Eduardo—, ya no vamos a poder seguir abriendo respiraderos.

—¿Qué te parece si ponemos un explosivo más acá y nos vamos. Tres de cinco tampoco está tan mal.

—Sí, dale. Es todo lo que podemos hacer.

Eduardo encendió uno de los explosivos triples que tenían reservados para el final y lo arrojó dentro del túnel.

Tres descomunales estruendos sacudieron el bosque.

—Esto se debe estar escuchando desde lejos —dijo Juan—. Los vecinos van a llamar a los bomberos.

—Ojalá vinieran los bomberos, más ruido, es lo que necesitamos. Ahora vamos. ¡Rajemos!

—Te sigo.

Eduardo tenía el mapa del bosque grabado en la cabeza y guió a Juan a través de la espesura mientras oían a sus espaldas el sonido de la sirena que habían dejado en el primer hueco. Al no llevar los bolsos cargados, ahora podían moverse mucho más rápido. En un par de minutos llegaron junto al arroyo y, desde allí, siguieron el sendero de siempre que los llevaba hacia la ruta. Cuando les faltaban pocos metros para llegar al final del sendero, el sonido de la sirena enmudeció.

Espiaron desde los últimos matorrales antes de salir al Camino Centenario. El coche patrulla que estaba sobre el puente había desaparecido. Casi no había tráfico. Juan miró su reloj. Era la una de la mañana.

A una señal de Eduardo cruzaron la ruta de doble carril y comenzaron a caminar hacia el auto. A punto estaban de subir al viejo Fiat Palio, cuando se oyó un chirrido de neumáticos en el camino.

Juan llegó a ver un patrullero de la policía bonaerense con las luces apagadas que abandonaba el Camino Centenario a toda velocidad y se adentraba campo a través hacia ellos.

—¡Nos vieron! —gritó—. ¡Arrancá!

Eduardo saltó dentro del auto y le dio al arranque. El motor del Palio cobró vida y Juan se acordó del consejo de Alberto acerca de dejar las llaves puestas en el contacto. Sin haber tomado ese recaudo, no habrían salido de allí.

Eduardo aceleró a fondo y el auto se lanzó hacia adelante. Las luces estaban apagadas y no se veía casi nada. Las encendió de un manotazo justo a tiempo para ver que tenía que girar a la derecha si quería ir por el camino. Giró al mismo tiempo que ponía la segunda marcha sin dejar de acelerar.

Juan miró hacia atrás para ver en dónde estaban sus perseguidores. El coche patrulla había encendido las luces y había tomado el mismo camino que ellos a unos cien metros de distancia. Entonces vio algo que lo preocupó aún más: un segundo coche patrulla aceleraba por el Camino Centenario en paralelo a ellos, cerrándoles la salida hacia ese lado.

—¡Son dos, Edu! —gritó— ¡Estamos jodidos!

—¡¿Dos?! ¡La puta madre!

El Palio cobró velocidad, demasiada para el estado del camino de tierra por el que circulaban. Juan ya no se atrevía a mirar hacia atrás. No podía sacar la vista del camino. Más adelante se veía una curva. Al llegar a ella, Eduardo giró el volante, pero las ruedas delanteras derraparon y el auto no llegó a girar lo suficiente. Se salieron del camino con la suerte de que en ese lugar no había ningún árbol. Avanzaron por el pasto hasta que Eduardo logró dominar el auto y retornó al camino. Por las luces que reflejaban en los espejos, Juan notó que el auto que los perseguía estaba mucho más cerca. Esta vez, no contaban con la habilidad al volante de Sara. Eduardo esquivó un gran bache, y no pudo evitar un segundo cráter en el que la rueda delantera derecha dio un gran golpe. Entonces se empezó a oír un ruido de rozamiento mientras que se notaba como el auto perdía velocidad.

—¡Se está frenando! —gritó Eduardo.

El auto que tenían detrás ya estaba sobre ellos. En ese momento Juan vio las luces del segundo coche patrulla. También había salido de la ruta. Intentaba cercarles el paso viniendo desde un camino lateral.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Por la derecha viene el otro!

Delante había un cruce. Juan volvió a mirar al auto que venía desde la derecha y calculó que iban a chocar. Se preparó para el golpe.

Justo antes del cruce, Eduardo pisó el freno con violencia y el auto que pretendía chocarlos pasó a toda velocidad por delante de ellos a muy pocos centímetros de distancia. Eduardo volvió a acelerar, pero antes de que logran recuperar velocidad, el auto que los perseguía los chocó, dándoles un fuerte topetazo que los impulsó hacia adelante. Derraparon un poco hacia la izquierda, aunque Eduardo logró dominar la situación y mantener el auto en el camino. Juan miró hacia atrás para ver que había sido de sus perseguidores, pero había una gran cantidad de polvo en suspensión y no se veía nada. El ruido de rozamiento ya no se oía y el Palio parecía rodar bien. Eduardo continuó hasta una salida del parque que daba sobre el Camino General Belgrano. Al salir al asfalto, Juan miró hacia el parque y no vio a los patrulleros por ningún lado.

—No vienen Edu —dijo—, los perdimos

—No lo puedo creer. ¿Viste que al final no manejo tan mal?

—Lo vi, pero todavía no cantes victoria. Acelerá. Vamos.

Eduardo avanzó por el Camino General Belgrano durante varios kilómetros hasta llegar al extremo del parque.

—Me tiemblan las manos —dijo.

—¿Querés que maneje yo?

Eduardo asintió con la cabeza y detuvo el auto al costado del camino. Juan bajó del auto y dio la vuelta por detrás mientras Eduardo se pasaba al asiento derecho. Cuando estaba a punto de subir por el lado del conductor, oyó a su espalda, en lo

profundo del bosque, una gutural carcajada que le hizo erizar todos los pelos del cuerpo.

Subió al auto y cerró la puerta de un golpe.

—¿Escuchaste eso? —preguntó.

—No. ¿Qué cosa?

—Esa carcajada horrible.

—¿Qué decís?

—Nada, no importa. Volvamos a casa.

Juan puso primera y el Palio comenzó a avanzar.

Sábado 3 de Diciembre, 00:05

Michael Green detestaba muchas cosas de la vida, pero la que más lo sacaba de quicio era que lo despertaran cuando estaba durmiendo. Hacía casi un mes que vivía dentro del complejo del Árbol de cristal. Se había mudado justo después de que esos cuatro idiotas habían metido las narices en lo que no les incumbía. Desde ese entonces, había decidido no confiar en nadie. El proyecto que tenía entre manos era decisivo y no podía dejar que esa manga de ineptos que tenía a su alrededor lo estropeará de un plumazo. Todavía tenía clavada la espina de no saber la identidad de uno de los cuatro individuos que habían violado la seguridad el día 28 de Octubre, aunque ya sabía quién era el cabecilla y resultaba que no representaba ningún peligro. Era sólo un idiota que habían echado de las fuerzas armadas y que ahora jugaba a ser Rambo. Se reía solo al pensar en la lección que le daría. Los otros dos eran más inofensivos aún. Por eso había dejado correr la situación y no los había eliminado. Era mejor así: cuanto menos ruido mejor. Lo importante era que el trabajo estaba adelantado y ya no sería necesaria ninguna maldita contraseña.

Sus compatriotas habían hecho un buen trabajo allí hacía más de cien años, pero ahora estaba a punto de burlarlos.

El teléfono sonó interrumpiendo el estado de duermevela en el que se encontraba. Se levantó sobresaltado y vio que estaba encendida la luz que indicaba que estaba entrando una llamada desde el centro de control. Esperó que se tratara de algo importante, en caso contrario iba a despedazar al atrevido. Levantó el auricular.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hay humo en los túneles. Hubo una explosión.

—Voy para allá.

Colgó el teléfono y empezó a ponerse la ropa. No había oído ninguna explosión, pero ahora se oía una sirena. ¿Sería una sirena contra incendios? No había ninguna alarma de ese tipo dentro del complejo, por lo menos que él supiera. ¿Sería arriba, en la escuela de policía? Caminó con la torpeza propia del despertar hasta la puerta y luego comenzó a recorrer el pasillo que llevaba hacia la sala de los monitores. Después del fallo de seguridad, había hecho instalar un circuito cerrado de TV. No iba a permitir que lo sorprendieran de nuevo.

Al abrir la puerta, se encontró con el encargado de controlar las cámaras mirándolo con cara de idiota. El tipo parecía sobresaltado y señalaba uno de los monitores en forma insistente.

—¿Algo fuera de lo normal? —preguntó Green.

—Sí, dos explosiones.

—¿Explosiones? ¿Y cómo es que no las he oído?

—Nos costó mucho despertarlo, señor.

—¿Despertarme? Estaba despierto.

—Lo llamamos cuatro veces.

—El teléfono sonó sólo una vez. —Green pensando que quizás se habría dormido del todo sin darse cuenta—. ¿Dónde fueron las explosiones?

—La primera en el túnel siete. Aún se ve polvo en suspensión en la sección ciento cuarenta.

—A ver

En la cámara que señalaba el guardia no se veía gran cosa. Levantó el auricular y marcó el nueve.

—¿Y la otra explosión? —preguntó Green mientras esperaba con el auricular en la oreja.

—Túnel cinco, sección treinta. La cámara se apagó en el momento de la explosión.

—¿Vieron a alguien por las cámaras?

—No, señor.

El teléfono empezó a darle ocupado. Cortó y volvió a marcar.

—¿Y qué significa esa maldita sirena que no para de sonar?

—No lo sé, señor.

Estaba por darle una patada en el culo al energúmeno que controlaba las cámaras cuando por fin atendieron el teléfono.

—¿Filliberti? —dijo Green.

...

—Pero, ¡qué hace! ¿Se enteró que nos están bombardeando?

...

—¡Despiértese, hombre! Acaba de explotar una bomba a trescientos metros de su rancho y usted sigue durmiendo. Tiene el sueño pesado, ¿eh?

...

—¡Túnel cinco, sección treinta! Vaya ahí rápido y dígame que hay. ¡Ahora!

Green cortó el teléfono golpeando el auricular contra el aparato. Volvió a mirar las cámaras. En varias de ellas se veía pasar guardias corriendo. Entonces hubo otra explosión y esta vez la vio.

Era en el túnel siete otra vez. La cámara de la sección ochenta se apagó y desde la cámara del cruce «A» se empezaba a ver como se levantaba una nube de polvo. Acto seguido se oyó otra explosión más, seguida a los pocos segundos de una tercera, todas en el mismo lugar. Desde la cámara del cruce A pudo ver con claridad los tres fognazos.

La cosa se estaba pasando de castaño oscuro. Iba a tener que encargarse el mismo del asunto antes de que explotara algo en el túnel uno, donde estaba lo importante de verdad, y si se dañaba se podía echar a perder todo el trabajo.

Salió de la sala de control y se subió al carrito de golf que estaba usando para moverse en los últimos días. Ya se había aburrido de las caminatas por los largos túneles. Al pasar por el cruce A, la maldita sirena dejó de sonar. Llegó al lugar de las últimas explosiones y se encontró con el techo desmoronado. Allí estaba Filiberti con algunos de sus hombres.

—Sólo era pirotecnia —dijo Filiberti—. Encontramos más artefactos como estos afuera. En los otros lugares donde hubo explosiones, sólo se registraron daños menores. Este es el único lugar en donde se derrumbó el techo, pero nadie logró entrar.

—¿Pirotecnia? —preguntó Green y se quedó pensando—. ¿Quién sería el idiota que nos atacó con pirotecnia?

—Por las huellas, parece que escaparon hacia el Camino Centenario. Los están siguiendo. Además, tengo dos patrulleros en la ruta cortándoles la salida.

—Bien. Atrápelos vivos. Quiero saber quiénes son. Y tráigamelos cuando los tenga.

En ese momento se acercó un policía con un aparato en la mano y se lo entregó a Green.

—Esto estaba colgando de una soga en el lugar de la primera explosión —dijo.

El objeto era una de esas sirenas portátiles con imán para poner en el techo de los autos. «Una sirena y... ¿pirotecnia?» pensó. Había algo que no cuajaba. ¿A qué idiota se le ocurriría lanzar pirotecnia, abrir un hueco y luego salir corriendo.

Un momento después la respuesta llegó a su mente como aguijón clavándose en la carne: ¡A alguien que quisiera distraer la atención!

¡El idiota era él! Lo estaban engañando como a un niño, desviándolo del verdadero peligro. Por primera vez temió que todo el plan se pudiera venir abajo.

Saltó dentro del carrito de golf y se lanzó a toda velocidad hacia el centro del complejo. Por el camino atropelló a un guardia que no se apartó a tiempo de su camino. Lo tomó por sorpresa, y se oyó un ruido como cuando una sandía revienta contra el suelo cuando el infeliz aterrizó de cabeza. Frenó justo delante de la puerta del pasillo central. Cuando estaba a punto de tomar el picaporte, una vibración grave empezó a estremecer todo el complejo. Al abrir la puerta, se llevó la sorpresa de su vida.

Las tuberías que pasaban sobre el techo del pasillo estaban iluminadas de color verde y violeta, y aumentaba su intensidad a cada segundo.

No podía ser... No podía ser, pero era: la máquina estaba funcionando.

Corrió como un desesperado hasta la sala de la máquina, metió la llave que siempre llevaba en su bolsillo en la cerradura y la hizo girar. Cuando bajó el picaporte y empujó para abrir, la puerta no se movió. Estaba bloqueada. Empezó a patearla con violencia. Un guardia se unió a él y la puerta comenzó a ceder poco a poco. Cuando lograron abrirla lo suficiente como para poder pasar el cuerpo, entró y contempló la maravilla.

La dichosa máquina que tanto trabajo le había dado funcionaba con todo su poder y, lo mejor, o peor dependiendo de cómo se mirara, estaba funcionando con el ordenador original. Después del primer instante de estupor, recordó que el peligro no había pasado. Recorrió la habitación con la mirada y enseguida encontró

lo que buscaba. Faltaba una de las rejillas de ventilación. Corrió hacia allí y miró por ella. A dos decenas de metros de distancia vio unos pies que reptaban.

—Rápido —le dijo al guardia que le había ayudado a abrir la puerta—. Que vigilen todas las salidas de ventilación del pasillo circular. Hay intrusos ahí dentro.

El guardia salió corriendo.

«Estúpidos» pensó. Están en un círculo, no podrán salir. Y ni siquiera necesitaba ayuda, porque él sabía cuál era la salida que iban a utilizar. Caminó hasta el pasillo circular, pero no salió a él. Se quedó escondido en la entrada. Uno de los estúpidos guardias pasó por allí y le hizo señas de que se escondiera con él. Cinco segundos después escuchó lo que esperaba: la rejilla de ventilación que estaba un metro hacia su izquierda había caído al suelo. Luego vio una sombra en el pasillo y entonces salió de su escondite. Había un hombre de espaldas en el medio del pasillo. Le dio un golpe certero en la nuca y el hombre se desplomó. Oyó otro ruido proveniente de la rejilla y, al darse vuelta, vio unos pies que comenzaban a asomar por ella. Tiró de ellos con fuerza. Una mujer joven cayó al suelo y comenzó a gritar mientras intentaba incorporarse. Le puso el pie en la espalda y la aplastó contra el suelo.

—¿Cómo te llamas? —gritó.

La mujer se revolvía e intentaba escapar, entonces le dio un golpe en la cabeza en el lugar idóneo y quedó inerte.

—Maldita, ya me dirás lo que yo quiera. Llévalos al depósito —le dijo al guardia.

Mientras caminaba hacia su habitación se acordó de Filiberti. ¿Por qué que no llamaba?

Por costumbre tomó su teléfono celular y luego recordó que allí abajo no había señal. Los nervios ya lo estaban traicionando. Entró en su habitación y tomó el teléfono de línea.

...

—Filiberti. ¿Qué esperaba para llamarme?

...

—¿Me está hablando en serio?

...

—Hágame un favor, Filiberti. No haga más nada. Déjelo así que peor no puede estar.

Notó que estaba por enfurecerse, incluso estuvo a punto de reventar el teléfono contra la pared, pero luego le entró la risa. Lo que le había contado Filiberti era de verdad para reírse. Los patrulleros que perseguían a los fugitivos habían chocado entre ellos. Eso sí que era gracioso. Además, estaba contento porque tenía la máquina funcionando y a los que la habían hecho funcionar entre rejas. Ahora sólo le faltaba atar un cabo. Dar el golpe de gracia.

Volvió a utilizar el carrito de golf, esta vez para ir hasta debajo de la escuela de policía. Subió la escalera, recorrió el pasillo y salió al estacionamiento. Sentir el aire puro de la noche lo puso aún más eufórico y soltó una gran carcajada al viento. Subió a su Hummer y aceleró, haciéndolo derrapar en el estacionamiento. Por poco no se llevó por delante la barrera que estaba en la salida del recinto. El policía que estaba a cargo la levantó por los pelos. Salió al Camino Centenario y dejó que toda la potencia del motor de ocho cilindros en «ve» se desbocara. Podía sentir que su instinto lo guiaba hacia el lugar exacto en el momento preciso. Eso le pasaba siempre que se sentía eufórico. Cuando le faltaba poco para llegar al cruce con el Camino General Belgrano, identificó el objetivo. Hacia la izquierda, un auto rojo avanzaba hacia el cruce. Calculó las trayectorias y disminuyó un poco la velocidad para dar justo en el blanco. Miró hacia adelante. El semáforo estaba en rojo. Perfecto, eso quería decir que el otro auto lo tenía verde y no frenaría. En los últimos tres segundos volvió a apretar el acelerador a fondo.

No fue un golpe, fue una explosión. El *air bag* le estalló en la cara y por un instante no le dejó ver, pero, en seguida, se desinfló. Cuando por fin el vehículo se detuvo miró hacia atrás. Lanzó otra carcajada. La misión estaba cumplida.

El auto rojo estaba despedazado.